

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1912

Núm. 1.615

UN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO TRASCENDENTAL

LA FIRMA DEL TRATADO FRANCO-ESPAÑOL SOBRE MARRUECOS

En la tarde del 27 de noviembre último procedióse a la firma del tratado franco-español sobre Marruecos, cuyas negociaciones, comenzadas en 8 de noviembre de 1911, han sido llevadas con un tacto y una inteligencia superiores a todo encomio por el ministro de Estado Sr. García Prieto, marqués de Alhucemas, admirablemente secundado por el subsecretario Sr. González Hontoria.

Poco antes de las cuatro y media llegó al ministerio el embajador de Francia Sr. Geoffroy, acompañado del consejero de la embajada Sr. Viugué, siendo recibidos ambos por el jefe de la sección del Protocolo D. Emilio de Heredia, con quien entraron en el despacho del ministro, en donde, además de éste, hallábase el subsecretario.

Reunidos los cinco personajes nombrados, el ministro y el embajador mostraron las plenipotencias que les autorizan a firmar el tratado y después de cotejados los dos ejemplares del documento, escritos a dos columnas, en francés y en español, el Sr. Geoffroy y el señor García Prieto pusieron en ellos sus firmas.

Debajo de éstas y sujetando las cintas que unen los pliegos de que consta el tratado, los dos dignatarios estamparon sus sellos, utilizando el Sr. García Prieto el que, antes del acto de la firma, le había sido regalado por una comisión de individuos pertenecientes a las tres carreras que dependen del ministerio de Estado: la diplomática, la consular y la de intérpretes. Este sello es de oro y en él está artísticamente grabado el escudo de armas del ministro con la corona de marqués.

Para la firma del tratado se emplearon dos plumas de oro, una de las cuales ha sido regalada por el Sr. García Prieto al Sr. Geoffroy; la otra será enviada al Museo de San Sebastián, al que se la ofreció el ministro el verano último cuando se estaban efectuando en aquella ciudad las negociaciones.

Terminado el solemne acto, se retiraron los Sres. Geoffroy y Viugué, y numerosos senadores y diputados felicitaron con entusiasmo al Sr. García Prieto por la feliz terminación de un asunto tan trascendental para la historia de nuestra patria.



El embajador de Francia Sr. Geoffroy firmando el tratado

Al lado del embajador está el ministro de Estado Sr. García Prieto, y detrás, de izquierda a derecha, los Sres. Hontoria, Heredia y Viugué. (Fot. Asenjo.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Desvarío*, por Joaquín Borda. — *La Guerra en los Balcanes*. — *Vistas de la ciudad de Tánger*. — Antonio, metropolitano de San Petersburgo. — Melilla. Homenaje a los héroes de 1909. — José Wieniawski. — S. A. R. la princesa María, condesa de Flandes. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Las Franquesas*. Inauguración de las Casas Consistoriales y de unas escuelas. — Carlos Bourseul. — Barcelona. Exposición benéfica de Arte femenino en el Círculo Artístico.

Grabados. — El embajador de Francia Sr. Geoffroy firmando el tratado franco español sobre Marruecos. — Dibujo de Tamburini que ilustra el cuento *Desvarío*. — Estatua de Tomás Gáinsborough, obra de Beltrán Makénnal. — *La guerra en los Balcanes* (ocho fotografías). — *Vistas de la ciudad de Tánger* (tres fotografías). — *Agustina la Gitana*, cuadro de Eduardo Chicharro. — *Relieves de un monumento a Dante Alighieri*, obra de Héctor Ximenes. — Antonio, metropolitano de San Petersburgo. — El famoso pianista José Wieniawski. — S. A. R. la princesa María, condesa de Flandes. — Melilla. Misa de campaña en sufragio de los muertos en la campaña de 1909. — *Las Franquesas*. Inauguración de las Casas Consistoriales y de unas escuelas (cuatro fotografías). — D. Juan Sanpera y Torras. — Carlos Bourseul, eminente sabio francés inventor del teléfono. — Barcelona. Las autoridades en el acto inaugural de la Exposición de Arte femenino.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Y he aquí, discreto lector, que andando, andando, llegamos al mes de diciembre y que ésta es la última *Crónica* del año 1912 que me toca escribir y a ti te toca soportar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. ¿Qué cosa es el tiempo? Yo oigo ahora el tictac del reloj, puesto ahí, sobre mi mesa. Cada una de esas breves, secas, pulsaciones metálicas, ¡cuán poco dura! Nada: una exhalación. Pero cada una de ellas es un paso que nos conduce al más allá, el paso de la visitante enojosa, de la intrusa, que se acerca. Y, ¿qué es la eternidad misma sino un rosario sin principio ni fin de esos latidos, de esas imperceptibles pulsaciones metálicas, como de pequeño insecto que roza sus élitros dentro de una cajita de plata.

¡Qué diversión tan grata, tan pueril, tan inocente, contemplar el juego de un reloj, el rodar del minutero, la desviación más lenta y poco perceptible de las manecillas! El niño queda absorto contemplándolo, oyendo la tenue musiquilla del gnomo preso en la diminuta cárcel. El hombre hecho no desdeña alguna vez esta contemplación, este arrobo infantil. Pues, ¡qué cosa tan grave, al mismo tiempo! Es la vida que se escapa, la sangre que fluye de la vena abierta, el orificio por donde todo se va en beneficio y para renovación de todo.

¿Qué ha pasado en esos doce meses próximos a expirar? Tantas cosas, tan diversas, de tan múltiples y contradictorios aspectos que fuera temeridad querer reducir las a resumen en estas columnas. Y ¿quién hubiera creído, al empezar, que la vida pasara de este modo, y con arreglo a esta pauta y a estos accidentes, y que la historia de los doce meses últimos fuera la que ha acabado por ser?

Si pudiera dudarse que en la historia existe un factor, una potencia suprema, que está por encima de los designios humanos y de las previsiones de nuestra razón, nada lo probaría con tanta fuerza como la sorpresa continua que nos depara el tiempo. El tiempo es *inesperado*, lo cual equivale a decir que está fuera de nuestro alcance adivinatorio, fuera de nuestro poder de inducción. Nos hemos de contentar con adivinarlo después; y así los hombres han tenido que inventar esa grave disciplina que se llama filosofía de la historia y de la cual alguien se burló donosamente llamándola: arte de profetizar lo pasado.

Esta mirada retrospectiva ha de fijarse por fuerza en un aniversario, próximo a cumplirse: el de la muerte de Maragall. Según como se considere parecerá que murió ayer o parecerá que hace veinte años. Cuanto más se acerca a lo absoluto un hombre, un pensamiento, una obra, más parecen de ahora o de hace cien años. Diríase que acaban de existir, que existen todavía y, a la vez, que existieron hace siglos.

Y esto es lo que acontece con la memoria del ilustre poeta. Su espíritu vive entre nosotros en el sentido de que no pasó a lo que pudiera llamarse arqueología intelectual. Fué un alma la suya de las

que «reinan después de morir» y siguen ganando batallas y conduciendo a la victoria a sus fieles. Legión forman los fieles de Maragall en Cataluña, en toda España; y el que no figura entre su noble clientela por razones de afinidad mental o comunidad de credo estético, no puede evadirse a su imperio misterioso de hombre amigo de todos los hombres, nacido para honrar la vida y reconciliarnos con ella, a despecho de la muerte y del dolor y aun desde más allá de esos linderos tenebrosos.

Consideremos de qué noble condición sería aquel espíritu, cuando en uno de los momentos más enconados y de mayor violencia que hayan transcurrido para la humanidad, en un pueblo señalado precisamente por esa misma violencia de las luchas y en cierto modo representativo de ellas, ha dejado una estela tal de bendiciones y añoranzas. Ni las mismas furias del odio y la destrucción pudieron evadirse a su señorío, teniendo que callar, respetuosas, al paso de sus restos o ante su tumba reciente. Y para cuantos le amaban y admiraban con sinceridad, el tiempo transcurrido no consigue amortiguar la viveza del afecto. Tan frescos permanecen en nosotros su recuerdo y su imagen ahora, como el día siguiente de su defunción. Porque también en el mundo moral obra aquella ley que los antiguos formulaban con estas palabras: horror al vacío; y vacío irreparable es el que siente la sociedad cuando desaparece un hombre como Maragall, gran condensador de simpatía, de benevolencia y de misericordia.

Por razón de huelgas, de preocupaciones prácticas y de incertidumbres la actividad artística, teatral y literaria ha venido con cierto retraso esta vez. El Congreso escolar que la inauguró en cierta manera tuvo más de agitación semipolítica, semisocial, avivada por el pleito de los ingenieros industriales, que de manifestación de cultura propiamente dicha. La airada muerte del Sr. Canalejas, con la general indignación que vino a levantar, con el conflicto político que fué su consecuencia, paralizó también el interés público respecto de esas otras materias que reclaman normalidad y paz de espíritu. Y de todo ello se han resentido los estrenos, los conciertos, las conferencias y las lecturas.

Una de éstas, y muy notable por cierto, hay que señalar: la de la traducción de veinticuatro sonetos de Shakespeare, que dió en el Ateneo Barcelonés el exquisito, el impecable poeta Morera y Galicia, precedida de un prólogo delicioso. El Sr. Morera es de aquellos escritores que no careciendo de enjundia ni de emoción, antes bien poseyéndolas en alto grado, tiene, además, al servicio de ellas una educación literaria perfecta, una habilidad técnica insuperable. Es un poeta legítimo servido por un versificador agilísimo hasta la «virtuosidad». La concurrencia oyó, religiosamente recogida, los admirables sonetos del gran Guillermo, traducidos con un amor, con una delectación que se revelan en cada frase y en cada palabra.

Entre los muchos caminos abiertos a la actividad literaria y que conducen al público, los dos más señalados son el de los grandes efectos, el de la potencia descuidada y algunas veces de brocha gorda, y ese otro de la minuciosidad preciosa que cincela recreándose en la perfección, apurando gota a gota la miel de la flor ideal y el deleite de la dificultad lentamente vencida. Y, ¿verdad que resulta paradójico, en cierta manera, que el desbordamiento genial de Shakespeare, confiado siempre al brío, a la garra, a la intuición maravillosa, haya encontrado en Cataluña la interpretación de Morera, todo acicalamiento y habilidad, todo maestría?

La edición de dichas traducciones hecha por el Sr. Oliva, de Vilanova, es también un dechado tipográfico, un estuche digno de ese joyel con veinticuatro brillantes de aguas maravillosas y de fulgores alguna vez diabólicos y sangrientos: lágrimas de la vida cristalizadas al fuego devorador del inmenso trágico.

Si debiese hablar del Congreso de Música Sagrada como se merece consumiría el espacio que me resta. Baste decir que ha constituido una de las manifestaciones artísticas más serias que en muchos años haya presenciado Barcelona. La organización, los temas, la afluencia y alta calidad de los congresistas entre los cuales han figurado dos cardenales y cuatro o cinco obispos; las audiciones musicales y

fiestas religiosas a que ha dado ocasión, todo ha sido selecto, solemne, limpio de trivialidad o mal gusto.

Barcelona continúa siendo una de las grandes capitalidades musicales de Europa, uno de los grandes focos de renovación estética en esta esfera principalísima del arte moderno. Los elementos con que cuenta, así en la esfera de la composición, como en la de la ejecución, de la crítica, y de la musicografía, le permiten hospedar decorosamente al más elevado Congreso de esta especialidad y hacer un papel lucidísimo y aun predominante en sus tareas, como ha ocurrido ahora. Baste citar los magníficos trabajos de Millet sobre el elemento popular en la música sagrada y del eminente veterano Pedrell sobre la polifonía, susceptible cada uno de aquéllos de haber figurado con honor en cualquier medio de cultura artística por elevado que lo supongamos.

Barcelona no ha perdido la palma de la afición musical que ya en su tiempo y hace un siglo le concedía el Dr. Orfila, que aquí estudió, antes de ir a París y convirtiéndose allí en uno de los grandes hombres de ciencia que florecieron durante la Restauración y la Monarquía de Julio y que, por su magnífica voz y escuela de canto, mereció, aunque aficionado tan sólo, la calificación de *le premier baritone du monde*.

Yo he recordado a Orfila a propósito de otra solemidad de esta última semana en la cual me ha tocado officiar, aunque inmerecidamente. La casualidad trajo a mis manos, no ha mucho, un manuscrito voluminoso, y que formaría un libro de quinientas o seiscientas páginas impresas, conteniendo las *Memorias* autobiográficas inéditas del insigne médico y químico mahonés. De ellas quedé encantado; y como revelaban una porción de pormenores y noticias hasta ahora no sabidos sobre los orígenes de su carrera y las vicisitudes que le llevaron a Francia hasta arraigar allí y nacionalizarse francés; y como estas revelaciones entrañaban un título de honor para Cataluña y para la benemérita Junta de Comercio, de la cual la Cámara de Comercio de ahora ha querido patrióticamente declararse heredera, pareció oportuno ofrecerle las primicias de esas *Memorias* en una conferencia expositiva que el Instituto de Estudios Catalanes me encargó que explicara, en el mismo local de la Lonja donde la antigua Junta y la moderna Cámara tuvo y tiene su domicilio.

En resumen: Orfila no fué a Francia por propio designio, ni en virtud de ningún proyecto ni para satisfacer ninguna ambición personal. Estudiaba Medicina en Barcelona con propósito de volver a Mahón, su patria, y ejercer su carrera, una vez obtenido el título. Pero sus brillantes facultades, su aplicación y progresos en el estudio de la química que aquí explicaba un hombre eminente: el doctor Carbonell y Bravo, en una de tantas cátedras como sostenía dicha institución para promover un general renacimiento de nuestro país; la esperanza que Carbonell y los hombres de la Junta adivinaron en el joven menorquín, hicieronles concebir el propósito de dedicarle una de las muchas pensiones que entonces concedían también, y mandarle a Madrid, para que siguiese dos años los cursos de M. Proust, contratado por el gobierno, y otros dos años a París al lado de Froucroty.

Cuando llegó a Madrid, Proust ya no estaba: había caído enfermo y se fué para no volver. Pedida autorización a la Junta para dirigirse a París sin más demora, así lo hizo poniéndose a trabajar de firme en cuanto llegó y despertando la simpatía de sus maestros, de sus condiscípulos, del público todo. Una noticia de horror vino a romper bruscamente su felicidad y sus ilusiones, pues la Junta había acordado crear una cátedra para él, dotada de 3.000 pesetas, de química aplicada a las artes y como complemento y especialización de la de Carbonell, así que regresara a Barcelona.

La noticia que rompió tales ensueños fué la del 2 de mayo de 1808 y el comienzo de aquella terrible guerra de la Independencia en que todo naufragó: Junta de Comercio, pensiones, cultura, regeneración, riqueza. Mateo Orfila se vió incomunicado con España, entregado a sus propios recursos, teniendo que vivir en París.

Y así el patriotismo de aquellos comerciantes de Barcelona, frustrado por las desventuras de la nación, vino a regalar indirectamente un nombre preclaro más a la ciencia francesa y a la civilización.

MIGUEL S. OLIVER.

DESVARÍO, CUENTO DE JOAQUÍN BORDA, dibujo de Tamburini



Laura, de pechos a la ventana de su cuarto, espera ansiosa la llegada del hombre por quien delira

—Hija, Laura, date prisa. ¿En qué piensas?

A Laura le pareció que despertaba de un sueño. ¿En qué pensaba? ¡Ah, si su madre supiera!..

Habíale caído la labor de las manos y con la vista fija en el espacio infinito, a través de la abierta ventana y el pensamiento en el apuesto galán que en el breve tiempo de residir en la aldea encadenara su corazón con los fulgores de sus ojos de fuego, daba pábulo a las locas aspiraciones que se habían ido despertando en su alma, tan vulgar hasta entonces y tan libre de los anhelos que ahora le producían hondas desazones.

Llególe a la moza aquella voz a lo más íntimo de su ser y sintió contrariedad en su espíritu sin norte. Contestó una ambigua palabra y con esfuerzo heroico trató de sujetar su alma al vulgar trabajo para que nuevas preguntas no comprometieran su secreto.

Cada vez era mayor su certidumbre de que lejos de aquel hombre no podría vivir. El pueblo, ahora que sabía que Armando lo iba a abandonar, le parecía triste jaula mezquina, donde transcurrían sus días sin luz, sin alegrías, sin resplandores, en perpetua modorra.

Recordaba la primera vez que le vió en aquella apostura varonil, elegante, un tanto demoníaca: ante el brillo fulgurante de sus ojos negros, rasgados, intensamente acariciadores, sintió removido todo su ser por algo desconocido. Sonaba en sus oídos la voz insinuante del mozo, de modulaciones ya suaves, ya apasionadas; pero siempre llena de armonía, que resbalaba por su espíritu aturdiéndole y recreándole a la par: voz fascinadora como sus ojos, como sus ademanes, como toda su persona. Le habló de amor, fervoroso, aturdido, loco; y ella, que hasta entonces tuviera virgen el alma de impresiones tan dulces, oía sus frases cálidas y vibrantes como un susurro melodioso, que le anegaba en placer desconocido, no imaginado ni en sueños. Quedó aherrojada a la fascinación que en su espíritu

ejercía aquel hombre y desde entonces no tuvo más voluntad que la de Armando ni más deseo que el de agraderle. Era una esclava sumisa, a quien el capricho de su señor lo mismo podía llevar, en andas de flores, por el ancho y suave camino del amor generoso, que conducirla, con dura rienda, por la áspera y estrecha encrucijada del desengaño.

Durante unos meses se fué enamorando cada vez más del mancebo, con aquella pasión profunda, inextinguible, de las almas fuertes. Vivía en la inmensidad azulada del ensueño, imaginando que aquella felicidad no había de acabar nunca. Pero últimamente vino el Dolor a clavar su dardo agudo en el corazón de la joven, abierto a las divinas emociones del amor, a las esperanzas risueñas y halagadoras. Él le había dicho: «Dejo el pueblo tal día...»

¡Ah, qué abismo sin fondo se abrió ante sus ojos! Se sintió desfallecer. Parecióle que huía la luz del sol, que se extinguía la vida en la tierra, que el frío de la muerte se extendía a su alrededor y que entraba en una noche eterna preñada de lobregueces y angustias. ¡Armando se alejaba de su lado! ¿Era posible? Entonces, tanto valía morir. ¡Oh, sí! ¿Qué iba a ser de ella si se le acababa la dicha suprema de aquellos éxtasis que sentía cerca de su amado? ¿Cómo renunciar a las mudas adoraciones de que hacía objeto a su ídolo cuando estaba cerca de él? ¿Cómo prescindir de la luz de sus ojos, que penetrando por los de ella y resbalando por su alma, se la inundaba de alegría? ¿Cómo olvidar el arrullo de aquella voz armoniosa, llena de misterios?

Pero él había añadido: «¿Por qué no me acompañas? Vivirás feliz a mi lado, lejos de este pueblo miserable, allá en la ciudad bulliciosa.» Y volvió la luz al sol y la vida a la tierra y el calor a su alma y la alegría a su pecho. ¿Acompañarle? Sí, eso era lo que ella deseaba, no separarse de él, para no morir marchita, como rama desgajada del tronco. Y como el sediento que paladea el agua de bruces al borde de un riachuelo, se sintió dichosa y prometió a Ar-

mando seguirle a la ciudad, sin detenerse, siquiera, a pensar en su loco desvarío.

Por eso se le iba ahora la labor de las manos, al escapársele el pensamiento lejos de allí, fijos los ojos en el espacio infinito. ¡Ah, si su madre supiera!..

En torno de la aldea reina el silencio de la noche. Laura, de pechos a la ventana de su cuarto, espera ansiosa la llegada del hombre por quien delira. Piensa en él y en su madre. Arde su cabeza, palpita con violencia su corazón y el menor ruido, el soplo de la brisa, la caída de una hoja, una nube que pase, bastan para llenarla de inquietud. Hunde la mirada en la inmensidad del espacio, cuando oye pronunciar su nombre, con voz remisa, debajo de ella:

—¡Laura!
—¡Armando!
—¿Me esperabas ya?
—Sí.
—¿Impaciente?

—Temí que no vinieses.

—Aquí estoy, dice Armando, ya cerca su cabeza de la de la joven, por haberse subido a un banco de piedra que hay debajo de la poco alta ventana; aquí me tienes, amor mío, abrasándome en el fuego de tus ojos, cuya luz ilumina mi espíritu, turbado por la pasión que despertaste en mi alma, antes serena y libre y ahora agitada por mil diversas emociones dentro de la cárcel de tu amor.

Y así por el estilo fué el mozo tejiendo frases que llegaban directamente al corazón de Laura, conmoviendo aquella naturaleza joven y apasionada en sus más delicadas fibras.

Pero súbitamente Laura se puso pálida y triste. Como evocados por un conjuro se le agolparon a la memoria mil recuerdos de su madre.

—¡Cómo sufro, Armando, si supieras!.. Recuerdo

las caricias que mi madre me ha prodigado siempre. Veo mil escenas infantiles al lado de quien me dio el ser, que miraba mis juegos y oía mi charla, absorta en la contemplación de mi cabeza rubia, nido de parleros pájaros, de donde salían gorjeos, risas y cantares.

Y cada vez más conmovida fué recordando cómo había ido creciendo, siempre adorada por su madre, que quería hacer de ella una mujercita juiciosa y encantadora. Como guapa lo era mucho; pero aun resaltaba más su belleza gracias al delicado esmero con que la buena mujer la vestía y acicalaba, en su deseo de verla siempre fresca y lozana como una rosa de mayo. Y a medida que la crisálida pasaba a mariposa, que el capullo se convertía en flor, su madre, vigilante solícito y cariñoso, abría todas las inagotables fuentes de sus bondades y sus desvelos, preparándole una transformación de la que saliesen triunfantes de igual modo la salud del cuerpo y la del alma.

—Y ahora que la buena mujer ve satisfechos sus afanes, continuó Laura, a punto de romper en sollozos, cuando me contempla con orgullo sería y juiciosa y según imagina su maternal cariño, bella en lo físico y en lo moral «espléndida criatura digna de reyes»; cuando su alborozo es mayor porque «esta hija de sus entrañas» no sólo la ama con delirio, sino que no le ha acarreado el menor disgusto; cuando me cree tan honesta, tan laboriosa, tan sencilla... mi madre, esa santa mujer que tal vez en este instante sueña conmigo y me besa en la frente... ¡se va a encontrar mañana, bruscamente, brutalmente, con el desprecio de esta hija que desdeña su infinito amor por el loco amor de un hombre!

Laura rompió en sollozos, aniquilada al pensar en su situación.

—Me parece, prosiguió luego, que todo es un sueño, que tú no me has propuesto la huida y que ni siquiera existes realmente, sino que todo es fruto de mi exaltada fantasía. Si supieras cuán conmovida estoy... y cómo me pregunto con inquietud y espanto qué es lo que va a suceder, qué es lo que me va a ocurrir...

—¡Qué niña eres! Te atormentas inútilmente. ¡Laura, por Dios, no seas así! ¿No ves que lo que yo deseo es tu felicidad? ¿No sabes que yo te amo con delirio? Ten confianza en mí, vida de mi vida. Piensa que yo deseo tu bien, que quiero sacarte de entre estos gañanes que no se merecen el amor de un corazón como el tuyo, de un alma tan sensible que no han de llegar a comprender nunca y que han de atormentar constantemente.

—Enloquezco, Armando, créeme. No sé qué va a ser de mí.

«Yo he visto, se decía luego, otros mozos que han conmovido mi corazón. ¡Pero este hombre, Dios mío, este hombre!.. Creo que ha penetrado dentro de mi ser y dispone de mi voluntad. Yo le amo... muero por él.»

Y en la recia batalla que sostenía su corazón entre dos amores igualmente grandes, pero tan opuestos, la solicitaban con la misma fuerza de un lado su madre, que la adoraba con el sereno reposo de las madres ya entradas en años, y de otra Armando, cuya visión no se apartaba nunca de sus ojos y a quien veía ahora gallardo más que nunca, erguido delante de ella, con la sonrisa enigmática que le hacía tan interesante y con aquella mirada profunda, siempre viva, siempre acariciadora, tan llena siempre de infinitas promesas de amor. Oía la voz de la madre que le decía, como otras veces: «¡Hija de mi vida, si me quedara sin ti moriría de pena!», palabras que traspasaban su corazón y la hacían derramar de nuevo abundantes lágrimas. Pero a su vez

Armando, con la más encantadora de sus sonrisas y con la más enloquecedora de sus miradas: «No dudes, le decía, ¿qué tienes? Amor nos espera impaciente, porque quiere vernos felices.»

Y en aquel momento, Armando, creyendo que

mí me arastraba a un abismo. Has llegado tú llena de angustiado amor y me has salvado. Yo estaba cogida a tu cuello, como ahora, cuando me has despertado, y he aquí el sueño convertido en una realidad hermosa. ¡Perdona mi desvarío, perdona a esta pobre oveja descarriada! ¡Estaba loca, loca!

—Pero, Laura, despierta; si estás soñando todavía...

El tren pasó entonces cerca de allí, silbando larga, repetidamente.

Laura se llenó de sobresalto. Parecía la irritada voz de Armando que le llamaba imperiosa y le decía: «¡Ingrata, ingrata, ven! ¿Por qué no vienes?»

Y al mirar el penacho de humo que el tren arrastraba tras sí y deshecho en jirones ascendía y se dispersaba por el espacio, sintió cruel dolor dentro de su pecho, como si también se escaparan en pos de aquel tren que volaba jadeante jirones de su corazón, para ascender luego, por la inmensidad azulada, hasta perderse entre las nubes.

* *

En la tarde de aquel día, como en la del día anterior, la madre repetía a menudo:

—Pero, hija, Laura, ¿qué tienes? ¿Qué es eso? Por Dios, mujer, date prisa, la labor se te escapa de las manos.

¿La labor? ¡Bah! El alma y la vida entera se le iban por la abierta ventana, lejos, lejos... lejos de allí.

NOTAS DE LA GUERRA EN LOS BALKANES

EN LAS LÍNEAS DE TCHATALCHA
(Véase la lámina de la página siguiente.)

Cuando era general la creencia de que iba a empeñarse la batalla decisiva en las líneas de Tchatalcha, última defensa de los turcos, el gobierno otomano ha aceptado las indicaciones de los aliados y firmado al fin un armisticio que se considera como preliminar de la paz definitiva.

Las negociaciones se han seguido precisamente en aquellas líneas y en vez de los horrores del combate, que todo el mundo suponía fundadamente habían de superar en mucho a todos los horrores de los combates pasados, se ha hecho oír allí la voz de la razón. Los que ayer esperaban, arma al brazo, la señal para la sangrienta acometida, hoy han depuesto su actitud bélica y en Hademkeui, cuartel general de los turcos, se han reunido los plenipotenciarios de am-

bos beligerantes, quienes, tras largas y empeñadas discusiones, han terminado sus tareas con éxito por demás satisfactorio.

Los turcos han utilizado, durante toda la campaña, artillería alemana, procedente de la casa Krupp, que según parece no les ha dado los resultados que esperaban. Así lo han reconocido públicamente en una proclama en la cual, para realzar el valor de las tropas, han declarado que también ellos tendrían cañones franceses en las líneas de Tchatalcha, puesto que utilizarían los cañones Creusot y las municiones que habían sido confiscados a los serbios antes de la ruptura de las hostilidades.

En los campamentos turcos de Tchatalcha ha causado verdaderos estragos el cólera. Días ha habido en que se han contado por millares el número de invasiones y el de defunciones por centenares. Quizás la aparición de esta epidemia ha contribuido en buena parte a la conclusión del armisticio, pues no sólo a los beligerantes sino también a todas las naciones de Europa interesaba en alto grado que el terrible azote no adquiriese mayores proporciones, como de seguro las habría adquirido de continuar la lucha en aquella región infestada.



Estatua de Tomás Gainsborough, modelada por Beltrán Mackénnal y destinada al monumento nacional que a la memoria de aquel gran pintor ha de erigirse en Súdbery (Inglaterra). (Exposición de Bellas Artes de la Real Academia de Londres, 1912)

su fascinación tenía dominada a Laura, le dijo despidiéndose:

—A las cinco en punto, ¿oyes? A las cinco en punto, mi vida. Sales de casa con lo puesto, nada más, que allí en la ciudad te sobraré de todo. Te esperaré solo, en la estación, y poco después cogeremos el tren. ¡Verás qué felices!

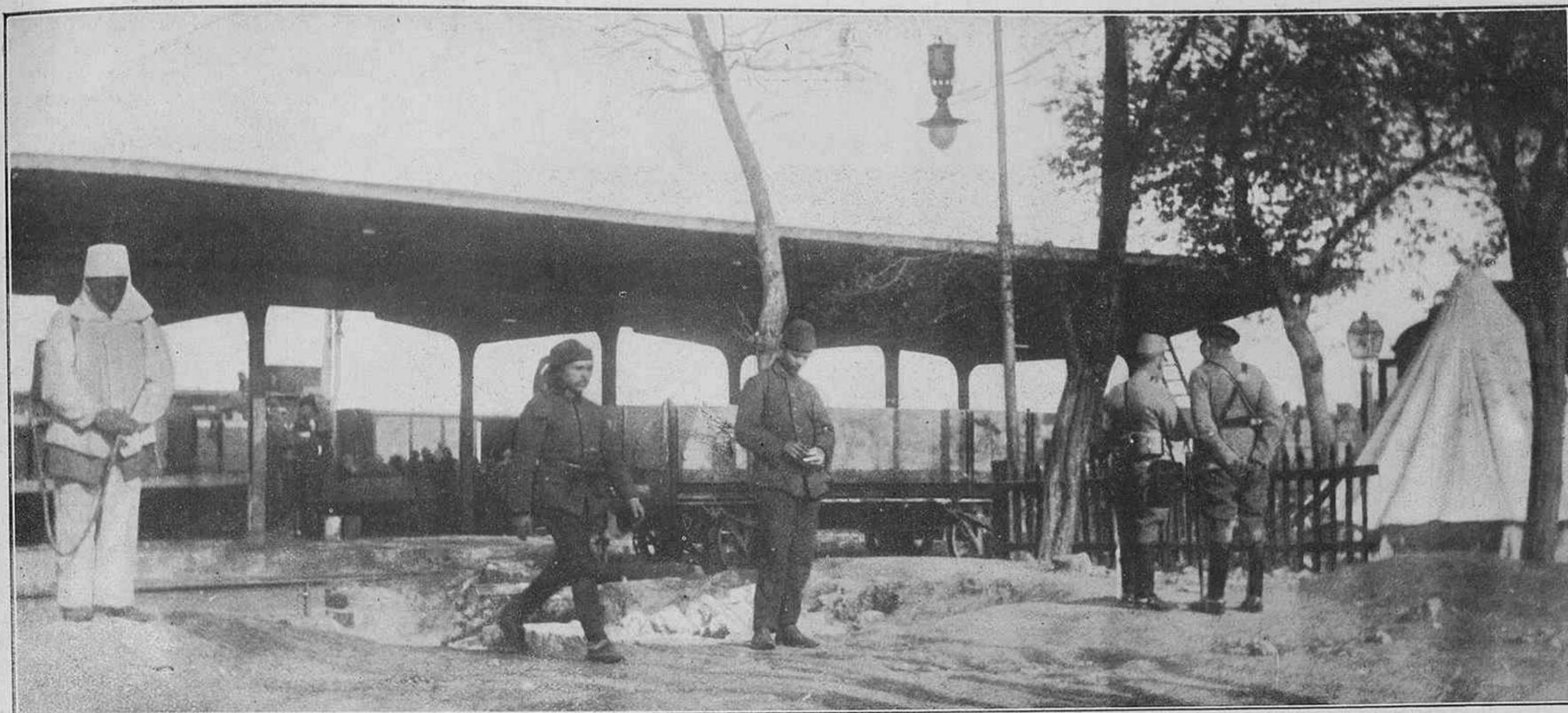
—Sí, a las cinco, dijo ella, a las cinco en punto. Alboreaba. El canto de los gallos saludaba el nuevo día, palidecían las estrellas en el cielo y un último rayo de la luna se posaba en la cabeza de la joven, pesada y confusa como si estuviera próxima al sueño.

* *

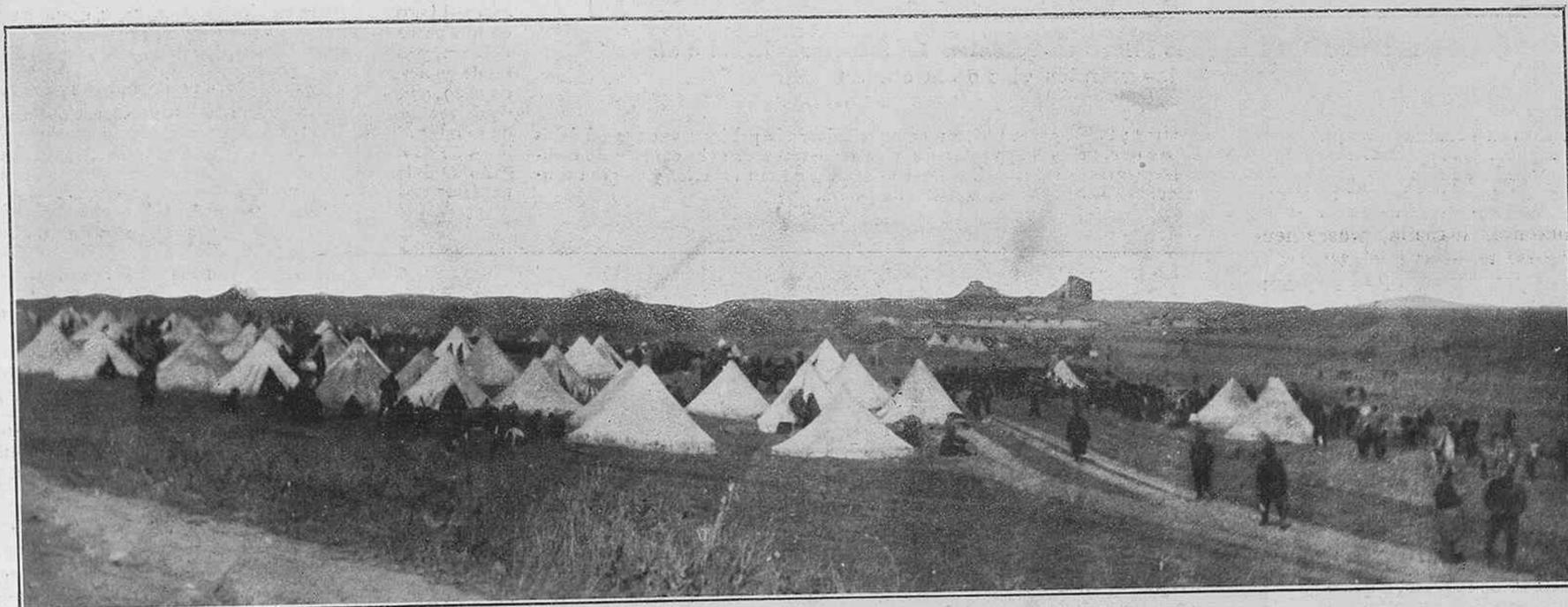
A cosa de las cinco penetró en el cuarto de Laura su madre y se llenó de asombro al ver a la joven dormida en una silla, junto a la ventana.

—Hija, Laura, mujer, ¿qué haces aquí, qué es esto?

—¡Madre mía!.. Pensando en tu amor sin límites me quedé dormida. Y he soñado largamente y he sufrido mucho. Un hombre que no tenía piedad de



En la estación de Hademkeui, cuartel general del ejército turco y residencia del generalísimo otomano Nazim Bajá. Soldados desinfectando los vagones del ferrocarril a causa del cólera que tantos estragos causa en el ejército turco.



Campamento de las tropas de reserva turcas en Mahmud Bajá, cerca de Hademkeui, cuartel general del ejército turco en las líneas de Tchatalcha.



Los cañones franceses Creusot que, desembarcados en Salónica y cargados en un tren para ser entregados a los serbios que los habían encargado, fueron apresados por el gobierno turco de Uskub como contrabando de guerra. Estos cañones han sido ahora instalados por los turcos en las líneas de Tchatalcha.

LA GUERRA EN LOS BALKANES

(Fotografías de Harlingue, Trampus y Archives du Miroir.)



Entrada triunfal del ejército griego en Salónica. La infantería desfilando por una de las grandes vías de la ciudad



Entrada triunfal del rey de Grecia en Salónica. Las princesas de la familia real desfilando en automóviles detrás del monarca.

Mientras en Tchatalcha los plenipotenciarios turcos y búlgaros seguían las negociaciones para un armisticio que, al fin, han tenido un resultado satisfactorio, según luego veremos, en los diferentes teatros de la guerra continuaban las operaciones militares, si bien no en la extensión y con la actividad de las primeras semanas. Estas operaciones han sido suspendidas en cuanto se ha firmado el armisticio; pero no por parte de todos los beligerantes, pues Grecia, en el momento en que escribimos esta crónica, aun no ha prestado su adhesión al acuerdo de suspensión de las hostilidades suscrita por Bulgaria, Servia, Montenegro y Turquía.

Los búlgaros han proseguido cada vez con más ardor el sitio de Andrinópolis, cuya situación ha llegado a ser en extremo crítica. A pesar de esto, el comandante turco de la plaza, a quien los sitiadores intimaron la rendición, ha contestado que no se rendiría mientras su gobierno no se lo ordenase. El día 28 de noviembre trabóse en Merhanli, entre Dedeagatch y Demotica, un sangriento combate en el que fueron completamente derrotadas dos divisiones turcas; los búl-

garos hicieron en aquella jornada prisioneros a 252 oficiales y 8.879 soldados y se apoderaron de ocho cañones de montaña, de dos ametralladoras, de mil caballos y de gran cantidad de material de guerra.



El ejército búlgaro de reserva en el sitio de Andrinópolis



Oficiales búlgaros estudiando en el mapa las fortificaciones turcas de Andrinópolis.—Hospital de sangre cerca de Andrinópolis



Los serbios, después de haber ocupado Dibra y Durazzo, recibieron la sumisión de varios jefes y tribus albanesas, contándose entre los primeros el famoso agitador Isa Boletinat. Antes de que los serbios entraran en Durazzo, abandonó aquella ciudad el caudillo albanés Ismail Kemal Bey, que, como dijimos en nuestra crónica anterior, había desembarcado allí pocos días antes y proclamado la independencia de Albania, y se trasladó a Valona, desde donde dirigió a los jefes de gobierno de las grandes potencias un telegrama, fechado el 29, anunciándoles que la asamblea nacional, compuesta de delegados de todas las comarcas albanesas, sin distinción de religión, había acordado proclamar la independencia política de Albania y constituir un gobierno provisional encargado de defender los derechos y la existencia del pueblo albanés amenazados de exterminio por el ejército serbio y lib-

ertar el suelo nacional invadido por los ejércitos de los Estados aliados. En el mismo telegrama, Ismail Kemal rogaba a cada una de las potencias que reconociese el nuevo estado de cosas y protegiese a los albaneses contra cualquier atentado que pudiese en peligro su existencia nacional y contra toda desmembración del territorio.

Es de suponer que todos estos actos realizados por el caudillo albanés no influirán en lo más mínimo en las condiciones que se estipulen para llegar a la paz definitiva.

Los montenegrinos siguen bombardeando Eskutari que, a pesar de cuanto se ha venido diciendo, se resiste todavía vigorosamente. El día 30 el rey Nicolás y el príncipe Danilo llegaron al cuartel general de Gruda, habiendo el monarca dirigido una patriótica alocución a las tropas, visitado las posiciones y dado órdenes para la disposición de las columnas de asalto de la

plaza. Para el sitio de ésta ha rechazado el rey la ayuda que le ofrecían los serbios, proponiéndose que sólo lo sostenga el ejército montenegrino, fuerte de 30.000 hombres.

Los griegos se apoderaron el día 27 de Castoria y en Kailar derrotaron a una división turca, causándole 1.200 bajas y haciéndole 500 prisioneros. En Chíos han sostenido reñidos combates con las fuerzas turcas que guardaban la isla y se retiraron hacia el interior de la misma, y poco a poco han ido apoderándose de las principales posiciones, acabando por tener enteramente bloqueado el ejército otomano. En la mañana del día 2 de este mes un cañonero bombardeó la estación del cable submarino en Valona; este hecho se considera como una protesta contra la proclamación de la independencia de Albania hecha en aquella ciudad. Diez y siete transportes de la marina mercante griega, convoyados por el crucero *Averoff*, condujeron 13.000 búlgaros y 3.000 caballos, con el correspondiente material de guerra, desde Salónica hasta Dedeagatch, en donde se efectuó el desembarque en remolcadores y chalanas también griegas. Aquellas tropas búlgaras, innecesarias ya en Macedonia, iban a

la Puerta no ha tenido más remedio que acceder a las que aquéllos le imponían, habiéndose al fin firmado el armisticio el día 3 con las estipulaciones siguientes: los beligerantes se

que el gobierno heleno ha declarado hallarse dispuesto a tomar parte, con los demás Estados balcánicos, en las negociaciones para la paz definitiva.

Todo hace esperar que la guerra ha terminado. ¿Surgirá ahora el temido conflicto internacional? La cuestión austro-serbia continúa en pie, pero por las consideraciones que en anteriores crónicas hemos aducido, cabe esperar que se arreglará pacíficamente, tanto más cuanto que en un artículo recientemente publicado en un importante diario de Belgrado y atribuido al ministro del Interior, se dice, después de haber refutado los argumentos aducidos por Austria contra las pretensiones serbias:

«Estamos convencidos de la justicia de nuestras reivindicaciones elementales y como prueba de que no queremos romper la paz de Europa, tan preciosa para todos, aceptamos de antemano, de buen grado y sin murmurar, el fallo que sobre ellas dicten la Conferencia de La Haya o las potencias europeas.»

A propósito del aspecto internacional de las consecuencias del conflicto balcánico, ha sido objeto de muchos comentarios el discurso que en el Reichstag alemán pronunció el día



Tánger.—Vista general de la ciudad con el campanario torre de la iglesia católica.

mantienen en las posiciones que en la actualidad ocupan; las plazas sitiadas no recibirán aprovisionamientos durante la suspensión de las hostilidades, y las negociaciones para

la paz definitiva comenzarán el día 13 del actual en Londres. Grecia no se ha adherido al armisticio y esta actitud ha sido muy comentada, suponiéndola algunos como síntoma



Tánger.—Vista de la puerta principal de la legación de Alemania, en el gran zoco.—Vista de la playa con los edificios recientemente construidos

reforzar los ejércitos de la Tracia y el hecho de que su transporte se efectuase en buques griegos y bajo la protección de la marina de guerra helena, es una prueba más de la unión íntima que durante toda la guerra ha existido entre los aliados y que no es de esperar se destruya, como algunos suponen, en el momento de recoger los cuatro Estados balcánicos el fruto merecido de sus brillantes victorias.

La asamblea y la población de Samos, importante isla del mar Egeo adyacente a la costa occidental del Asia Menor que constituía un principado autónomo tributario de Turquía, han proclamado su unión a Grecia y establecido un gobierno provisional.

Las negociaciones para el armisticio han debido ser muy difíciles a juzgar por los días que han durado. Estas dificultades provenían, por una parte, de las exigencias formuladas por Turquía, y por otra, de la actitud adoptada por Grecia. En efecto, el gobierno otomano exigía, en un principio, entre otras cosas, que durante el armisticio pudieran ser aprovisionadas las plazas sitiadas y todos los destacamentos de las tropas turcas de Macedonia y de los demás puntos de la península, y que se suspendiese el bloqueo de las islas turcas del Adriático y del mar Egeo; pero en vista de la resistencia de los aliados a admitir tales condiciones,

de discrepancia entre aquella nación y sus aliadas; pero tales suposiciones caen por su base ante la consideración de

2 de este mes el canciller del Imperio Sr. Bethman Hollweg y en el cual declaró de una manera terminante que en el caso de que los aliados de Alemania se viesen atacados por un tercero, los alemanes se pondrían a su lado firme y resueltamente y combatirían con ellos para la salvaguardia de su propia situación en Europa.



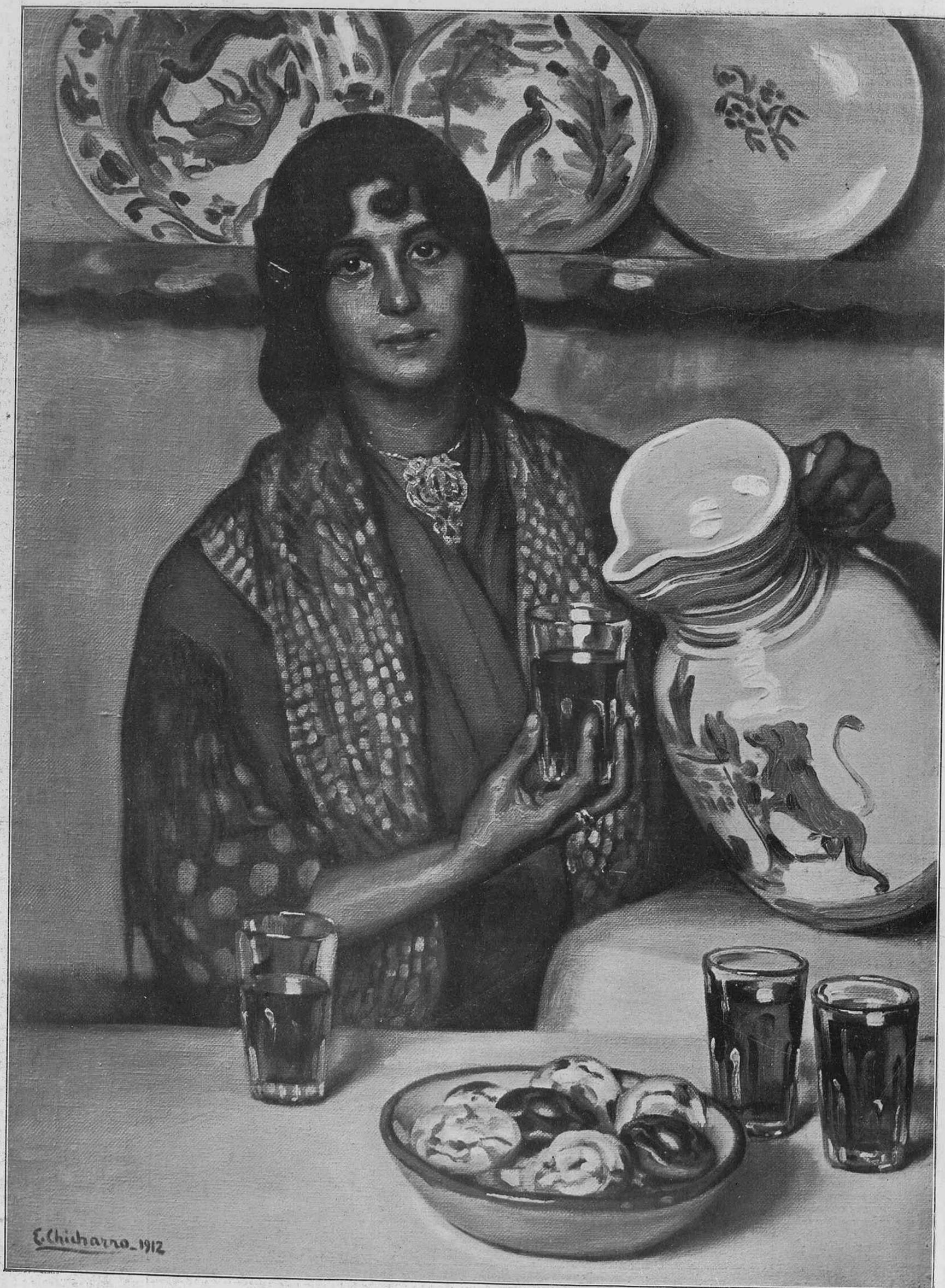
Tánger.—Vista de la entrada de la ciudad con las baterías del Sultán. (Fots. de A. Rectoret.)

los detalles de cuya construcción se consignan en un protocolo especial anejo al tratado.

VISTAS DE LA CIUDAD DE TÁNGER

La firma del tratado franco-español sobre Marruecos presta un interés de actualidad a las vistas de la ciudad de Tánger que en esta página publicamos, reproducciones de fotografías hechas por el conocido reporter fotográfico señor Rectoret, durante un reciente excursión por él realizada a las costas marroquíes.

La importancia que ya actualmente tiene aquella ciudad, residencia del Cuerpo Diplomático acreditado acerca del Sultán, aumentará de un modo considerable por virtud del tratado en el que se dispone que Tánger y sus alrededores estarán dotados de un régimen especial que se determinará ulteriormente, y alcanzará mayores proporciones todavía cuando sea un hecho el ferrocarril de Tánger a Fez, los detalles de cuya construcción se consignan en un protocolo especial anejo al tratado.



AGUSTINA LA GITANA, cuadro de Eduardo Chicharro

Eduardo Chicharro es sobrado conocido para que haya necesidad de elogiarle. Sus cuadros, y de ello es buena prueba este que reproducimos, tienen un vigor, una vida, una verdad extraordinarios, cualidad que avalora un dominio perfecto de la técnica. Desde 1897, en que alcanzó una mención honorífica en la Exposición de Madrid, ha obtenido multitud de medallas, entre ellas, de primera en Madrid en 1904 y en 1908, en Barcelona en 1907 y 1911, en la Hispanofrancesa de Zaragoza de 1908, en la de Buenos Aires de 1910 y en la de Valencia de 1910, y segundas en Lieja y en Munich en 1905.

NOTABLE MONUMENTO A DANTE ALIGHIERI

OFRECIDO POR LA COLONIA ITALIANA

A LA CIUDAD DE NUEVA YORK



TRES RELIEVES DEL MAGNÍFICO MONUMENTO, obra del eminente escultor italiano Héctor Ximenes

Estos relieves representan sendos episodios de «La Divina Comedia»: el primero, *El Paraíso*, representa a San Francisco de Asís en éxtasis y rodeado de ángeles; en el segundo, *El Purgatorio*, se reproduce el encuentro de Virgilio con el trovador mantuario Sordello; en el tercero, *El Infierno*, Dante y Virgilio descubren a los grandes traidores de la historia de Florencia Bocca y Buosso.

ANTONIO, METROPOLITANO DE SAN PETERSBURGO

La muerte del metropolitano Antonio nosólo significa una gran pérdida para la iglesia ortodoxa griega de Rusia, sino también para todo el clero liberal de la misma. Todos cuantos estudien la obra de esta personalidad importante en las distintas fases de su existencia han de encontrar en ella cua-



Antonio, metropolitano de San Petersburgo, presidente del Santo Sínodo, la autoridad suprema de la iglesia ortodoxa griega, fallecido el 15 de noviembre último. (De fotografía.)

lidades de carácter que deben admirar hasta los que no pertenecen a dicha iglesia.

Hijo de un sacerdote del Gobierno de Tamboff, Alejandro, que así fué bautizado, recibió una educación sólida en casa de sus padres y después de estudiar en el seminario de su ciudad natal, entró en 1866, cuando contaba veinte años, en la Academia Eclesiástica de Kassán, de la que salió en 1870 con el grado de maestro de Dogmática ortodoxa griega y de Historia de la Iglesia y a la que volvió poco después como cate-drático.

En 1874 contrajo matrimonio pero habiendo perdido, a los nueve años, a su esposa y a sus dos hijos, decidió entrar en un convento, adoptando entonces el nombre de Antonio. En aquel mismo año, fué nombrado archimandrita; al siguiente, inspector de la Academia Eclesiástica de Kassán; en 1885, inspector de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo; en 1887, rector de la misma; en 1892, arzobispo de Finlandia, en donde fomentó la organización de la vida comunal rusa; en 1898, metropolitano de San Petersburgo, y en 1899, presidente del Santo Sínodo.

El metropolitano Antonio realizó grandes esfuerzos para conseguir que los viejos católicos se uniesen a la iglesia ortodoxa griega, y las obras científicas que escribió para la realización de esta idea fueron acogidas con entusiasmo por los teólogos ingleses, hasta el punto de que las universidades de Oxford y de Cambridge le nombraron doctor en Teología *honoris causa*.

Sus cualidades más salientes fueron la bondad, la dulzura, la modestia y la caridad. Sabido es que, gracias a su influencia, recobraron la libertad infinidad de presos políticos injustamente condenados. Siguió siempre una política conciliadora inspirada en un espíritu eminentemente cristiano y si no siempre pudo ejercer la tolerancia, como sucedió en el caso del conde de Tolstoi, debióse a que hubo de obrar bajo la presión de circunstancias contra las cuales fué impo-

MELILLA. — HOMENAJE A LA MEMORIA DE LOS HÉROES DE 1909.

El día 28 de noviembre último efectuóse el acto de bendecir el mausoleo construido en las cercanías del campamento en donde están destacadas las fuerzas del tabor de Alhucemas y que está destinado a guardar los restos de los soldados muertos gloriosamente en la campaña de 1909 y enterrados entonces en los alrededores de la segunda caseta y de Sidi Musa. La mayoría de estos soldados pertenecía a los regimientos de Melilla y de cazadores de Alfonso XII.

El mausoleo ha sido construido recientemente con el pro-

ducto de una subscripción pública abierta por el diario de Melilla *El Telegrama del Rif*, secundando la iniciativa del periodista Sr. Fernández de Castro.

Al acto asistió numerosa concurrencia que se trasladó al sitio en donde aquél se efectuó en dos trenes de la Compañía española de las minas del Rif y de la Compañía minera del Norte africano.

Frente al mausoleo y a los costados del mismo, formaron las fuerzas militares constituidas por dos compañías de cada uno de los regimientos de San Fernando, Ceriñola, Melilla, Africa, Segorbe y Ciudad Rodrigo, una batería montada, otra de montaña, dos escuadrones de Lusitania y de Taxdirt, y secciones de Artillería de plaza, del séptimo mixto de Ingenieros, de Administración y de Sanidad. Estas fuerzas estaban mandadas por el general Urzaiz.

Multitud de embarcaciones menores artísticamente engalanadas, se situaron en Mar Chica y en las inmediaciones del mausoleo.

A las once llegó el general Aldave, acompañado de los generales Ramos, Jordana, Cascajares, Cabello y Gutiérrez y del auditor general Sr. Saiz Pardo, con sus respectivos ayudantes y Estados mayores.

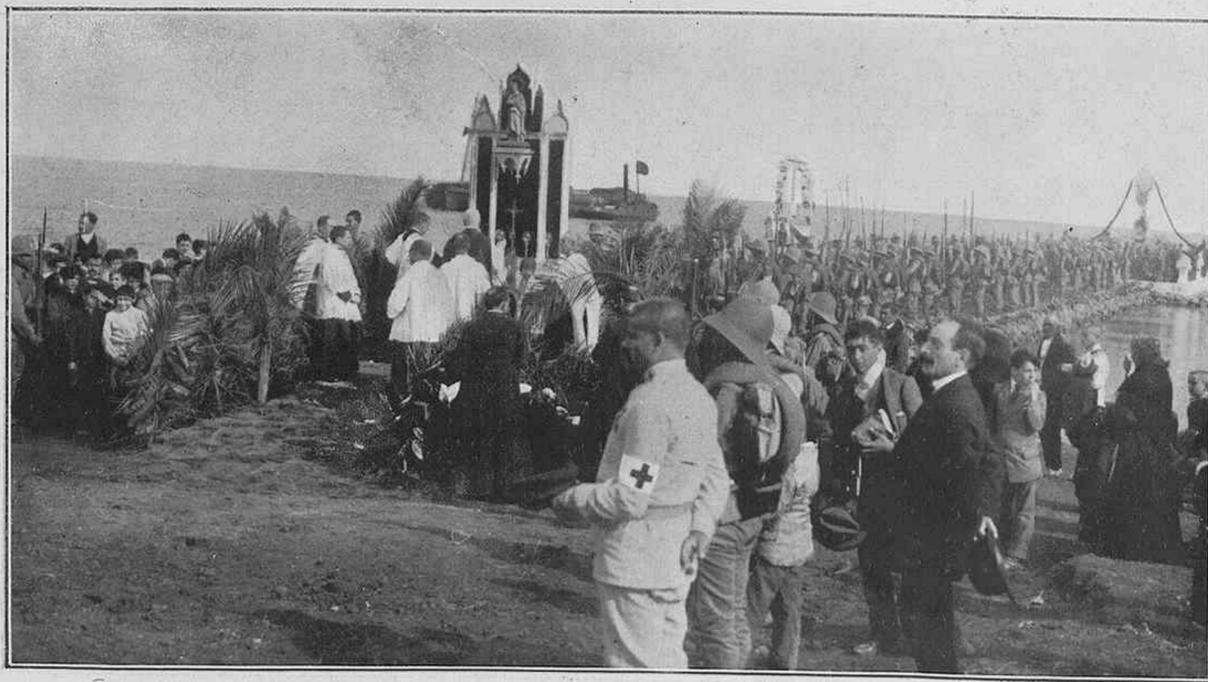
Después de rezada una misa de *Requiem* en un altar improvisado junto a la playa, procedióse a la inhumación de los restos de los héroes de 1909 en el nuevo mausoleo, sobre el



El famoso pianista y compositor José Wieniawski, fallecido el 11 de noviembre último. (De fotografía.)

cual se depositaron numerosas coronas de los jefes y oficiales del ejército de Melilla, del Casino Español, de la Sociedad Española de Tabacos, de los periódicos *El Telegrama del Rif*, *La Gaceta de Melilla* y *El Heraldo de Melilla*, de los almacenes de la Reconquista, de la célebre actriz Nieves Suárez y otras varias.

Terminado el solemne acto, las tropas desfilaron en columna de a cuatro, con todas sus banderas y estandartes, siendo aclamadas por el público. La ceremonia fué presenciada por algunos cafés del vecino campo y por el tabor de la policía indígena y durante la misma el comercio de Melilla cerró las puertas de todos sus establecimientos.



Melilla. — Misa de campaña celebrada en la segunda caseta en sufragio de las almas de los muertos en la campaña de 1909, con ocasión del traslado de los restos de varios de ellos al mausoleo levantado junto a Mar Chica. (De fotografía de Welkin y C.º)

JOSÉ WIENIAWSKI

El eminente pianista y compositor recientemente fallecido en Bruselas, había nacido en Lublin (Polonia) en 23 de mayo de 1838 y desde niño dió pruebas de grandes aptitudes mu-

sicales, al igual de su hermano Enrique, el célebre violinista. Su madre, hermana del notable pianista francés Eduardo Wolf, los llevó a París, en cuyo Conservatorio obtuvieron ambos varios premios, cuando sólo contaban Enrique ocho años y José diez. Marmontel fué el profesor de éste, quien



S. A. R. la princesa María, condesa de Flandes, madre del rey Alberto de Bélgica, fallecida en Bruselas el día 26 de noviembre último. (De fotografía de Carlos Trampus.)

también estudió en Weimar bajo la dirección de Liszt, teniendo por condiscípulos a Brahms y a Raff. Después de haber completado sus estudios de armonía con Marx, en Berlín, dió, en unión de su hermano, en las principales ciudades de Europa, varios conciertos que les valieron gran fama y provecho.

En 1865 fué llamado a Moscou y en 1870 se trasladó a Varsovia, en donde, con Ládslao Wislecki, fundó la Sociedad de Música, en la que actuó entonces, como director de coros, el eminente Paderewsky.

En 1875, su hermano pasó a Bruselas para substituir temporalmente en su cátedra de violín a Vieuxtemps, que se hallaba enfermo, y esto movió a José a marchar también a la capital de Bélgica, en donde ha vivido hasta su muerte del producto de sus lecciones y de sus trabajos de composición.

Entre sus obras más notables merecen citarse especialmente sus conocidos *Estudios*, un *Concierto* para piano, una *Suite romántica*, una *Overture* y multitud de piezas de música *di camera*.

S. A. R. LA PRINCESA MARÍA, CONDESA DE FLANDES

La princesa María de Hohenzollern-Sigmaringuen nació en Berlín, en 17 de noviembre de 1845, y en 25 de abril de 1867 contrajo matrimonio con Felipe, conde de Flandes, hijo segundo del rey Leopoldo I de Bélgica.

En 1891 perdió a su hijo mayor, el príncipe Balduino, cuya muerte fué para ella un golpe terrible. Después del fallecimiento de su esposo, acaecido en 1905, vivió una existencia muy retirada en su palacio, consagrada casi exclusivamente a las obras de caridad y al cultivo del arte. Esto, sin embargo, no fué el más pequeño óbice para que desde la muerte de su cuñada, la reina María Enriqueta, presidiese al lado de Leopoldo II las grandes solemnidades de la corte.

Muerto Leopoldo II, la princesa María vió subir al trono de Bélgica a su hijo Alberto.

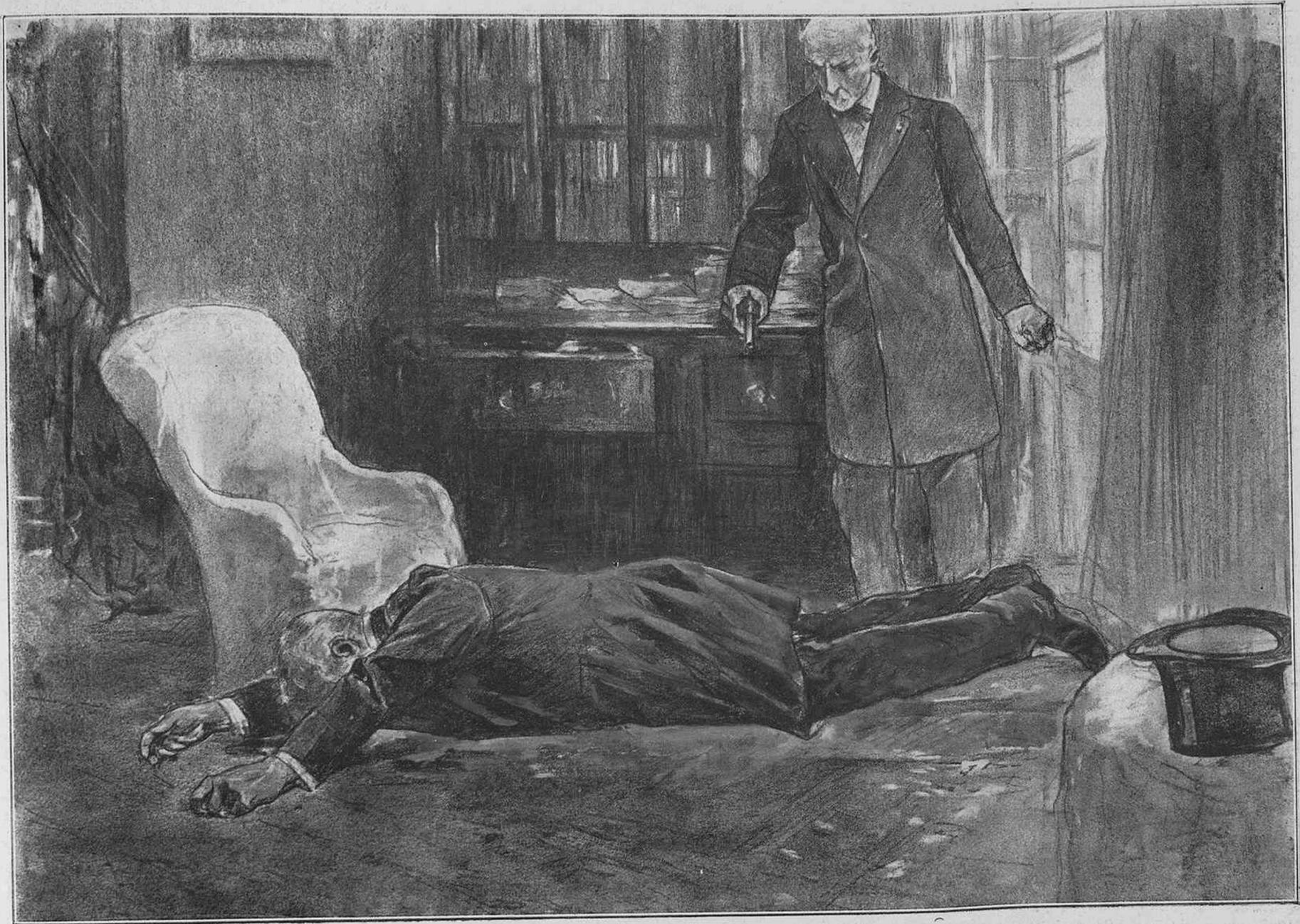
Era hermana del rey Carlos de Rumanía y deja, al morir, además del rey Alberto, dos hijas, la princesa Enriqueta, casada en 1896 con S. A. R. el príncipe Manuel de Orleans, duque de Vendome, y la

princesa Josefina, que en 1894 se casó con el príncipe Carlos de Hohenzollern.

Su muerte ha sido muy sentida en Bélgica, en donde todas las clases sociales sentían por ella el cariño más profundo.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... un cuerpo sin vida que dejaba en la alfombra una mancha roja

Y después de haberse asegurado de que en el bolsillo del pantalón llevaba el arma a que había aludido, añadió:

—Conque ¡adelante y ánimo! Dentro de una hora seré millonario y tomaré el tren de Calais.

Hallábase en aquel momento delante del palacio de Aspremont. Inspeccionó rápidamente el bulevar San Germán y no viendo nada alarmante ni insólito llamó a la puerta. Sonó el timbre y aquel ruido claro y prolongado le hizo estremecerse instintivamente.

—Vamos, dijo dominándose. No es éste el momento de estar nervioso. Más ha de estarlo el barón.

El portero abrió y dirigiéndose a él dijo Delorme:

—El Sr. barón de Lorgerac... Me ha citado...

—Si el señor me dice su nombre...

—El vizconde de l'Orme.

—Tenga usted la bondad de subir.

El portero, a su vez tocó un timbre, y en seguida abrióse la puerta del primer piso, apareció en ella José, quien, al reconocer a Delorme saludóle y sin decir palabra lo acompañó al despacho de Lorgerac.

—El Sr. vizconde de l'Orme, dijo anunciándole.

Pero Lorgerac no estaba solo en aquel despacho; con él había un hombre sentado cerca de la chimenea, que miraba al recién llegado con extraña atención. Delorme le reconoció en el acto.

—¡El Dr. Lecoutellier!., murmuró haciendo ademán de marcharse.

Pero fué sólo un ademán. En primer lugar, el ayuda de cámara había vuelto a cerrar la puerta; y además, Delorme era, como había dicho Claudio, un arrogante bandido. Así es que, tomando inmediatamente la ofensiva, exclamó con la audacia que empleaba en las grandes ocasiones:

—¡Hola! ¿Conque hacemos intervenir a una tercera persona en nuestro ajuste de cuentas?..

—En efecto, respondió el barón con su sequedad habitual. Por otra parte, ese caballero no estará de más, puesto que está encargado de los intereses de una de las personas cuyo capital tratamos de mermar.

—Le conozco, repitió Delorme en el mismo tono; es el Dr. Lecoutellier. Quizás ha hecho usted mal, señor barón, en hacerle intervenir en sus asuntos..., particulares.

—No opino como usted.

—En fin, esto es cuenta suya... A mí me tiene sin cuidado, tanto más cuanto que no le supongo a él... ni a usted tampoco... una intención agresiva, puesto que aquí tengo..., se lo advierto a usted, con qué contestar a ese juguete.

Y diciendo esto, metióse la mano en el bolsillo, mientras con la otra señalaba uno de los cajones de la mesa, que estaba entreabierto y en el cual se veía la culata de ébano de un revólver de grueso calibre.

—No, caballero, respondió el barón; nosotros no asesinamos.

—Y hacen ustedes bien de no intentarlo conmigo, porque les aseguro que sería peligroso para ustedes.

Y con asombrosa sangre fría como si no jugase una partida decisiva cuya suerte podía cambiar de pronto y de una manera temible la presencia de Claudio, añadió:

—Supongo que habrá usted explicado a ese caballero de qué se trata... Es, pues, inútil volver sobre ello, aunque insisto en afirmar que ha hecho usted mal... Esto hará que haya de cortarse una ta-

jada más... en detrimento de la de usted... Porque a mí, como ya he dicho, me es igual tratar con él al mismo tiempo que con usted...

—Tal vez es usted ahora quien hace mal creyéndolo así.

—De ningún modo. Si el negocio hubiese fracasado con usted, habría ido directamente a proponerse a él o a las señoras de Aspremont...

Y envalentonado con el silencio de aquellos dos hombres, que tenía derecho a considerar como hijo del asombro y de la turbación, prosiguió:

—A mí me importa un comino que el asunto sea público o secreto. Hace diez y siete años robé un documento; pues bien, este documento me pertenece ahora en plena propiedad, así lo quiere la ley y tanto peor para ustedes. Este documento está en mi bolsillo; pero no saldrá de él hasta que yo quiera y como yo quiera... No saldrá de él sino mediante tres millones; es lo convenido, y hoy, lo mismo que ayer, es mi última palabra.

—Tres millones... ¿No le parece usted ahora que es algo caro?, dijo tranquilamente el doctor.

—No.

—Sin embargo, acaso no se hace usted bien cargo de que mi presencia aquí significa que el Sr. de Lorgerac y las señoras de Aspremont ya no son adversarios, sino aliados.

—¿Y a mí qué me importa? Sin un documento no habrá tales señoras de Aspremont, sino simplemente las señoras Casteras... Y el apellido que acaba usted de darles, un poco prematuramente, vale tres millones para ellas, tanto como vale tres millones para el señor barón el documento que le he ofrecido.

—Olvida usted un detalle... importante. Si el señor barón no opone dificultad en reconocer el dere-

cho de su prima, su prima podrá probar, sin gran dificultad, se lo aseguro, este derecho prescindiendo perfectamente del documento de usted... Y en este caso, ¿cuánto vale ese documento?

Los ojos de Delorme se contrajeron nerviosamente. El quite del doctor había sido magistral; mas no por esto el bandido se desconcertó, sino que contestó en el acto:

—Admitamos que mi documento pierda algo de su valor; pero tengo otro que por sí solo vale los tres millones... Que lo diga el mismo Sr. de Lorgezac... que ya se demuda... ¿Apuesta usted algo a que hay en la Bolsa gentes, no ciertamente amigas del señor barón, que, si les ofrezco el documento, me lo pagarán a un precio loco sólo por el gusto de publicarlo?

—Es posible... Y hasta esto se llama *chantage*.

—Llámelo usted como quiera, pero le doy a usted mi palabra, y cuando la doy la cumplo, de que si me deja usted salir de aquí después de haberme engañado, ¡voto a Sanes!, no se reirá usted de mí mucho tiempo, señor primo del teniente Aspremont.

—¿Qué es lo que piensa usted hacer?, preguntó Claudio con su voz tranquila.

—Si he de salir de aquí con mis papeles...

Detúvose bruscamente... Llamaban a la puerta...

XIV.—FRENTE A FRENTE

Cuando Claudio salió de la Escuela de Medicina encargando a su secretario que si Cesáreo Honorat se presentaba antes de las cinco le enviase al palacio de Aspremont, el viejo funcionario, ocupado en sumar los totales de una estadística había repetido distraídamente aquel nombre, que le era poco familiar. El doctor había entonces añadido, como explicación: «Sí, la persona que viene aquí desde hace tres o cuatro días;» a lo cual el secretario, volviendo a sus números, había contestado: «Está bien, señor doctor.»

En realidad, al secretario la recomendación le había entrado por un oído y salido por el otro; y lo único que había comprendido bien y que recordaba era que si se presentaba «aquel señor que iba allí desde tres o cuatro días», lo enviase al bulevar de San Germán diciéndole que se trataba de prestar un servicio al doctor. En cuanto al nombre de tal señor, difícil le habría sido repetirlo, porque apenas se había fijado en él.

Después de todo la equivocación cometida por aquel buen hombre era disculpable. En efecto, la persona nueva para él que desde hacía tres días veía entrar en el despacho del doctor, la que le había llamado la atención, la única en quien se había fijado realmente, era un caballero que andaba penosamente apoyado en un grueso bastón, un caballero de aspecto militar, con bigote y perilla blancos, oficial de la Legión de Honor. Aquel caballero, en cada una de sus visitas, había conferenciado largo rato con el doctor, quien, cada vez, había acompañado hasta la puerta, dispensándole las mayores atenciones y llamándole «señor comandante». Y el buen hombre que no tenía la inteligencia despierta ni la memoria de los años juveniles, acababa de hacer un enorme quidproquo, confundiendo nombres y personas; y mientras Claudio le hablaba de Cesáreo, él pensaba únicamente en aquel personaje importante que había llamado su atención. Por esto, al volver a sus sumas, decía de buena fe: «Si viene ese anciano condecorado, le envío al punto allí, a reunirse con el doctor.»

De manera que al ver entrar precisamente en la antesala, no a Cesáreo sino al comandante de Queyrel había apresurado a decirle:

—Dispense usted, caballero, ¿busca usted al doctor Lecoutellier? También él desea hablarle en seguida; y como no está aquí, me ha encargado que le diga que ha tenido que ir al palacio de Aspremont, bulevar de San Germán y que le suplique que vaya usted allí.

—¿Al palacio de Aspremont?, exclamó asombrado el comandante. ¿Está usted seguro?

—Segurísimo; y al marcharse ha dicho que podría usted prestarle allí un señalado favor.

—Entonces voy en seguida. ¿Ha dicho usted el palacio de Aspremont?

—Sí, señor, bulevar de San Germán.

¿Qué quería de él el doctor? ¿Por qué citarle en aquella casa? ¿Qué servicio podría él prestarle allí? Todo aquello era muy extraño e inexplicable; pero dados los términos del recado, la cosa no admitía duda y no cabía que pudiera haber en ella error ni mala inteligencia. Aquel secretario le conocía perfectamente, porque todos los días le hacía entrar en el despacho del doctor, y al verle entrar, no había titubeado. Tampoco él titubearía.

Además, hallábase en aquel momento en un estado de ánimo que no dejaba lugar a razonamientos ni cálculos. Hacía tres días que el pobre hombre vivía en una agonía moral que se marcaba en huellas lamentables en su rostro febril, en sus ojos demasiado brillantes cada vez más hundidos en las órbitas acardenaladas por las noches de insomnio..., por aquellas noches de desesperación en que, en medio de la soledad y de las tinieblas, ya no se teme la cruel curiosidad de los indiscretos, de los desconocidos, de los mismos indiferentes.

¿Pero qué hacía en París aquel desgraciado? Permanecía allí porque el Dr. Lecoutellier había afirmado que su presencia era necesaria... siquiera para ayudarle a salvar del derrumbamiento en que su vejez se desplomaba la única cosa sagrada que aun le retenía a la vida: el honor de su nombre. ¡El honor! Por lo menos la apariencia de este honor que todavía se conservaba casi intacta; porque hasta entonces no se había divulgado públicamente la infamia de aquel hijo, a quien sabía culpable de los peores delitos. Y Claudio, que prometía a aquel padre abrumado que salvaría a su hijo del abismo en que poco a poco se precipitara, sin excusa, sin más provocación que la de sus malos instintos, le había dicho también:

—Al mismo tiempo que a ese desgraciado, salvaré al nombre que usted lleva y que debe ser por todos respetado en el porvenir como en el pasado lo ha sido.

Por otra parte, ¡hay en el fondo del corazón de un padre fibras tan resistentes!

Aquella última esperanza, aquella seguridad, aquella promesa de un hombre como el Dr. Lecoutellier habían hecho vibrar en aquel anciano algo que creía haber arrancado de raíz. Aquel hijo que se había deshonrado deshonrándole a él; aquel hijo para el cual creía no tener más que indignación, desprecio, aquel hijo de quien había dicho: «Ya no tengo hijo: ha llegado a ser el más detestado de mis enemigos;» aquel hijo ocupaba todavía un sitio en su corazón. Y aquel viejo soldado, que tantas veces afrontara la muerte en la guerra, al saber, palideciendo de emoción, que su Ludovico partía para una expedición lejana y peligrosa, había sentido una angustia de inquietud que casi parecía un despertar de cariño, y había tenido que reprimirse para no exclamar: «¡Pobre hijo mío!» y que recurrir a todo su valor, a toda su voluntad para murmurar tan sólo: «¡Ah, desgraciado!.. ¡Le ha enviado usted a la expiación!»

—No, comandante, había contestado Claudio; le he sometido a una prueba que cura y fortalece. Volviera usted a verle curado.

—¡No, no volveré a verle jamás!

Y aquellas palabras, que podían ser un presentimiento o una protesta, las había dicho sin cólera, antes bien con un dolor inmenso inconsolable.

Y ante aquel dolor, Claudio había querido dar una ocupación al espíritu del comandante para intentar, si no la curación, el alivio de aquel corazón herido tal vez de muerte. Por esto se había opuesto enérgicamente a que regresase a Saint-Raphael, porque sabía que una vez en su casa desolada, se encerraría, se aislaría en ella, para desaparecer, para morir allí.

Esto era lo que él no quería; contra esto se había propuesto reaccionar. Obligando al comandante a permanecer en París; ocupándole en los pequeños pormenores de lo que él llamaba la liquidación de honor de Ludovico de Queyrel; sosteniendo su interés con las noticias que le daba de lo que él mismo hacía para terminar aquella deplorable aventura sin que en ella figurase escandalosamente el nombre de su hijo, engañaba, fatigaba la desesperación de aquel pobre hombre y lograba de él movimiento, actividad, esfuerzo, cosas todas que reaccionan contra ese embotamiento, contra esa inmovilidad que son el peor síntoma de una vitalidad que se extingue...

Aunque muy sorprendido, el comandante no había dudado de la realidad de aquella cita que el secretario del doctor le indicaba como la cosa más natural y sencilla del mundo, y en su lasitud de voluntad y de iniciativa, había dicho:

—Parece que necesitan de mí... Seguramente será en interés de esas señoras de Aspremont... Razón de más para que me apresure a ir, porque nunca el servicio que yo pueda prestar a esas damas compensará el mal que otro ha intentado causarles.

E inmediatamente había encaminado al cercano palacio de Aspremont, cuya puerta abrió en seguida que él llamó. Bien se abría hoy aquella puerta, y para gentes que no solían traspasarla; el portero mismo comenzaba a estar aturdido de aquel movimiento misterioso e insólito. Aquella orden extraña

de dejar entrar, sin hacerlos esperar ni preguntarles nada, a aquellos desconocidos de aspecto casi alarmante que habían de penetrar de prisa en el palacio empujando la puerta que se dejaría voluntariamente entreabierta... Aquellos desconocidos que, una vez dentro, habían desaparecido en el acto conducidos por el viejo José a algún rincón ignorado... Y aquel caballero condecorado, de ademanes bruscos y autoritarios que había llegado inmediatamente después que los desconocidos preguntando secamente:

—¿Están en su puesto nuestros hombres?

—Sí, señor, había contestado el portero presa de la mayor confusión.

—¿Están arriba, no es verdad?.. Pues ahora, no se ocupe usted ya en nosotros; estése quieto en su portería y tenga la puerta cerrada, para que todo ocurra como de ordinario.

Y aquel hombre había subido la escalera que conducía al primer piso, como si estuviera en su propia casa, de tal modo que el portero ni siquiera se había atrevido a preguntarle su nombre... Harto comprendía que era un personaje a quien se esperaba, un personaje oficial, importante; pero no sabía más. Pedir explicaciones a José era imposible, porque en todo el día nadie había podido arrancarle una palabra. Pero bien se veía que pasaban en el palacio cosas extraordinarias.

Por otra parte, después de aquel personaje misterioso, no había cesado el desfile de visitantes inesperados, muy al contrario. Después de él había sido detenido delante del palacio un coche del cual había bajado primeramente Enrique, lo que nada tenía de extraño, puesto que el día antes había regresado; pero detrás del joven, había apeado aquella linda señorita que ya había estado allí con él la víspera y a quien el señor barón había hecho entrar tan ceremoniosamente..., aquella señorita a quien habían llamado señorita de Aspremont.

Y no estaban solos los dos jóvenes; con ellos iba el caballero condecorado que también había ido al palacio el día antes y que, según dijeron, era el célebre Dr. Lecoutellier.

Pero aun había en el carruaje una cuarta persona, una señora, joven todavía, que parecía enferma, que se veía que estaba muy débil y que diríase que se sentía muy emocionada, pero que, como los otros tres, mostraba en sus labios una sonrisa de dicha, de triunfo y cuyo rostro hubiera sido muy bello si un poco de sangre hubiese animado sus pálidas mejillas. Y lo que era más curioso era el parecido de aquella señora con la muchacha a quien llamaban señorita de Aspremont; hubiérase dicho que eran dos hermanas; así es que el portero quedó en extremo sorprendido cuando oyó a la más joven llamar a la otra «mamá». ¿De modo que aquella señora era también Aspremont?.. ¡Y él que creía a todos los Aspremont muertos y enterrados desde hacía tantos años!

Y aquellos tres nuevos personajes, acompañados del señorito Enrique habían entrado en el palacio como en casa propia. Pues señor, aquel día aquella casa parecía ser la casa propia de todo el mundo.

Momentos después salía el señorito Enrique y volvía a subir al coche cuyos caballos emprendieron un trote largo. A la media hora regresaba en compañía también de otra persona; pero a ésta la reconoció en seguida el portero. ¡Era la señorita Genoveva! El palacio volvía ahora a estar como en otros tiempos; no faltaba nadie.

Sin embargo, alguien debía faltar porque el timbre, a poco, anunció un nuevo visitante. También a éste le reconoció el portero fácilmente: era el vizconde de l'Orme, a quien aquél tenía orden de hacerle subir en el acto.

Y el bueno del portero no se explicaba el por qué de tantas visitas a una hora en que las puertas del palacio sólo se abrían para los íntimos del señor barón.

Pero aun no debían de estar todos, puesto que de nuevo sonaba el timbre de la puerta y entraba por ésta un anciano, oficial de la Legión de Honor, ¡cuidado si entraban gentes condecoradas aquel día en aquella casa!, un caballero de aire de pocos amigos, que arrastraba la pierna y se apoyaba en un grueso bastón.

—¿Está el Dr. Lecoutellier?, había preguntado el recién llegado.

—Sí, señor.

—En este caso ruego a usted que me indique el camino...

—¿Esperan al señor?

—Sí, soy el comandante de Queyrel.

Aquel nombre nada le decía al portero; pero decididamente aquel era el día de los desconocidos y de los condecorados; así es que, sin pedir explica-

ciones, oprimió el timbre que comunicaba con el primer piso y señalando la escalera monumental dijo al comandante:

—Si el señor quiere hacer el favor de subir...

Como el portero, tampoco sospechó José que aquel caballero no fuese de los que aquella tarde tenían que hacer en el palacio de Aspremont; desde el momento en que aquel nuevo personaje pedía que le llevaran al despacho del barón, señal era de que también le esperaban. En esta creencia, después de haber llamado a la puerta, anunció con su voz más clara:

—El Sr. comandante de Queyrel.

La llegada del anciano había sido un extraño golpe teatral. Mientras el barón y Claudio se levantaban estupefactos, Delorme retrocedió con la mirada alocada de una fiera cogida en la trampa.

¿Qué iba a hacer allí aquel hombre? ¿Qué nuevo lazo iban a tenderle con su ayuda? ¿Por qué se hablaba en aquel despacho? ¿Quién le había puesto en relaciones con aquellas gentes, con el barón de Lorgerac?

Y mientras todas aquellas preguntas ansiosas se entrecruzaban en el tumulto de su azoramiento, el barón y Claudio contemplaban turbados al comandante... ¡Qué inverosímil casualidad llevaba allí al padre de Ludovico en el preciso momento en que iba a encontrar en aquel sitio al malhechor que se había servido de aquel muchacho vicioso como de un juguete..., de un juguete estropeado?

Pero Delorme no era de la madera de esos hombres que tardan en salir de su pavor; el bandido, espantado al pronto por la llegada de aquel anciano a quien creía en el otro extremo de Francia, recobró en seguida su audacia y, con más insolencia aun que antes, terminó la frase que había interrumpido al ver entrar al comandante:

—Sí, se lo diré a ustedes lo mismo delante de ese caballero que en presencia de cuantas personas tengan ustedes el capricho de llamar para que sean de nuestra discusión testigos... Voy sospechando que trata usted de engañarme, señor barón; pero ándense usted y los que con usted están con mucho cuidado porque al freir será el reir.

—Me figuro que no será usted quien se ría, señor Delorme, replicó Lorgerac.

—¡Delorme!, exclamó el comandante rugiendo de ira.

El padre de Ludovico se fijaba ahora mejor en aquel hombre que se apoyaba de espaldas en la pared, que tenía retratadas en el semblante todas las audacias y cuyos labios contraían una sonrisa de reto... Sí, debía ser aquél el Delorme a quien demasiado conocía por su desgracia y por su deshonor; el infame que había perdido, después de gangrenarlo, al hijo a quien ahora lloraba como se llora a un muerto... Aquél era el malhechor que detentaba en sus manos la fortuna, el nombre, la vida toda de aquellas pobres mujeres y que aun se negaba, bien se veía en su actitud, en su gesto, en su voz, a abrir aquellas manos llenas de lo que había robado a la viuda del teniente de Aspremont.

Pero por terribles que fueran las cuentas que en aquel momento debía liquidar con los dos hombres que estaban allí, cuán poco importantes eran comparadas con la de un padre que iba a reclamarle a su hijo y su honor!.. Además..., ¿cómo se explicaba él bien el sentimiento, el instinto que le empujaba contra aquel miserable a quien al fin podría escupir al rostro su desprecio y su asco?... ¿Se preguntaba siquiera qué ocurría en aquella casa y por qué se había solicitado su ayuda?..

La cólera, una cólera loca, era lo único que le movía cuando, señalando con el dedo al que huía ante la amenaza de su gesto, de su mirada, de su voz, exclamó:

—¡Delorme!.. ¡Ese!.. ¡Ese es!..

—Sí, yo soy, respondió el bandido afrontando audazmente a ese nuevo adversario no más temible, menos temible aún, después de todo, que los otros, porque contra él tenía un arma que no fallaría. Sí, soy yo, ¿y qué?

—Es usted el miserable que ha osado...

—¡Eh, poco a poco! ¡Nada de palabras gruesas! Si necesita usted también explicaciones, se le darán... y más de las que pueda desear.

—¡Bandido!, me explicarás por qué has corrompido..., por qué has perdido a ese desgraciado muchacho...

—¡Corrompido! ¡Bah! No necesitaba de mí para corromperse; lo estaba antes... Ni siquiera me conocía cuando me estafó mi dinero con pagarés firmados por el comandante de Queyrel...

—¡Pagarés!.. balbuceó el anciano cuyos ojos se inyectaron de sangre.

—Sí, pagarés que tengo en mi poder y que guar-

do... hasta que haga de ellos el gusto que se me antoje... De este asunto no hemos hablado todavía; pero si quiere usted hablar de él, estoy a su disposición.

Al oír aquellas palabras el comandante, con ademán enloquecido, volvióse a los dos testigos de aquella imprevista escena, que escuchaban mudos de emoción y ansiedad.

—¡Por favor, por piedad!, les dijo. Déjenme ustedes solo con este hombre.

—¡Hola! Ahora quiere usted que tratemos de eso particularmente... Como usted guste... Ya verá usted después si le conviene que la cosa no salga de los dos o si le es indiferente que vaya a contar mi historia a cierto sitio, en donde producirá mucho efecto, se lo aseguro a usted.

—Señores, balbuceó el comandante con voz que ahogaba la cólera más que el terror de un nuevo y desconocido abismo. ¡Déjenos solos, se lo ruego!

Claudio, como obedeciendo a un impulso misterioso, inexplicable, dijo dirigiéndose al barón:

—Vámonos, puesto que el Sr. de Queyrel nos lo pide.

Y salieron, dejando frente a frente a Delorme, que seguía apoyado de espaldas en la pared, como si hiciera de ésta muralla contra una nueva y traidora agresión, y el comandante que vacilando sobre sus piernas enfermas, se apoyaba con una mano en la mesa del barón, mientras que con la otra, armada de su bastón pesado, amenazaba, provocaba a aquel adversario, aun más despreciado que temido.

—¿Qué pagarés son esos firmados por mí, de que se atreve usted a hablarme, bandido?, preguntó el anciano cuando se quedaron solos.

—¿Se sorprende usted?, respondió Delorme con risa diabólica. Pues el sorprendido de su extrañeza soy yo, porque esos pagarés llevan la firma del comandante de Queyrel... ¿Por ventura, no es usted quien los ha firmado?

—Demasiado sabe usted que no, miserable.

—¿De modo que son falsos?... En este caso cambia de aspecto el asunto... Pero como al descontarlos fué cuando trabé conocimiento con el buena piza de su hijo de usted...

—¡Una falsificación!.. ¡Le ha hecho cometer una falsificación!..

—Y buena prisa que se dió en extenderlos... Crea usted que no hube de incitarle...

—¡Ha hecho de él también un falsario!..

—Lo que es yo no los he fabricado... En cambio he sido robado... Y si todos ustedes, los que están aquí, me apuran la paciencia... empiezo por usted y directamente me voy a ver, con mis pagarés, al procurador de la República.

—¡Esto más!

—¿Y por qué no? Me acosan ustedes, se juntan para meterse en lo que no les importa, para impedirme realizar mis negocios, y se figuran ustedes que todavía voy a darles las gracias y a marcharme tan tranquilo como si nada hubiera pasado... ¡Ah, eso no! Diente por diente... Cuando me muerden, contesto con el palo... Y mire usted, ha hecho bien en venir porque va usted a servirme de algo... Será usted mi garantía, mi rehén...

—¡Su rehén, miserable!..

—Suelte usted todas las injurias que quiera..., a mí me es igual. Lo que no le será igual a usted añadió avanzando un paso, es que si me dejan salir de esta casa sin haberme entregado la cantidad que reclamo..., que quiero, y de la que no rebajaré ni un céntimo, voy acto continuo a presentar mi querrela contra un canalla llamado Ludovico de Queyrel que me ha estafado mil doscientos francos haciéndome descontar unos pagarés firmados por su padre... y contra ese padre que elude el compromiso a pretexto de que su firma es falsa... De esto yo no sé nada..., no soy perito en caligrafía, pero ya lo aclarará el tribunal.

—¡El tribunal!

—Adonde tendrá que ir usted también para explicar si es su hijo un falsario o si es usted un ladrón.

—¡Yo, un ladrón!..

Al lanzar aquella exclamación furiosa, el comandante la había acompañado de un gesto exasperado, un gesto formidable que había hecho caer su mano temblorosa casualmente dentro de un cajón entreabierto... Y en aquel cajón sus dedos crispados, sus dedos, acostumbrados durante tanto tiempo al manejo de las armas, habían palpado y reconocido un objeto familiar... Con una mirada instintiva, rápida como un relámpago, pero aguda como el brillo del acero, el viejo soldado había comprobado con los ojos el testimonio de su mano...

Sí, aquello era la culata de un revólver, y de un revólver cargado, porque sobre el bruñido acero de la recámara se destacaban como puntos brillantes

las extremidades de los percutores de los cartuchos.

Y sucedió entonces, más rápidamente que la palabra y que el mismo pensamiento, que aquel hombre de honor que se veía deshonrado, aquel anciano a quien iban a llevar ante un tribunal, no para que se defendiera, sino para que fuese el acusador de su propio hijo, sintió un impulso de desesperación, de locura homicida. Y cuando Delorme repetía más violentamente, más injuriosamente:

—Sí, una de dos: o hijo falsario o padre ladrón... Veremos lo que dirá el jurado.

—No, malvado, no lo verás, exclamó.

Y al mismo tiempo sonó una detonación, un tiro que disparado por una mano demasiado acostumbrada al manejo de las armas, dió de lleno en el blanco.

Delorme, herido en mitad del corazón, lanzó un grito que la eternidad, que sobre él se cernía, ahogó en su garganta. Sus brazos cayeron bruscamente a lo largo del cuerpo..., sus ojos, agrandados por el terror de aquella última mirada que había visto la muerte, permanecieron inmóviles en la fijeza del espanto... Y luego como si se desplomase, cayó tan largo como era de bruces en el suelo.

Ya no era más que una cosa inerte, inofensiva, lamentable..., un cuerpo sin vida que dejaba en la alfombra una mancha roja.

En esto oyéronse pasos y voces... Eran los que acudían al ruido de la detonación.

Entonces, aquel desdichado homicida sintió como si su razón y su memoria despertaran; y en el momento en que se abría la puerta para donde habían salido poco antes el barón de Lorgerac y el Dr. Lecoutellier, el comandante, con voz ronca, como un estertor, balbuceó:

—Ya no les causará más daño.

Y rápido como el pensamiento, apoyó en la sien el cañón del revólver y se saltó la tapa de los sesos.

En el despacho del barón hallábanse ahora todos los que en el palacio habían oído aquella doble detonación. Del cuarto de Genoveva acudían con Manuela, angustiada y temblorosa, las dos jóvenes tan espantadas y enloquecidas como la pálida convaleciente a quien Enrique procuraba ocultar la vista de los cadáveres. En el mismo momento, por la puerta principal del despacho llegaban, con la servidumbre de la casa, los agentes de policía precedidos del comisario, quien, apenas hubo entrado, extendió las manos para impedir que nadie se acercase al sitio en donde aquellos dos cuerpos yacían, en donde se había cometido el homicidio primero y el suicidio después.

Y mientras el barón de Lorgerac, perdida la cabeza, seguía demandando auxilio, el Dr. Lecoutellier, inclinado ya sobre aquellos pechos inanimados, buscaba vanamente en ellos un resto de vida. Pero pronto se levantó diciendo:

—Ya no hay nada que hacer. La muerte vengadora ha pasado por ahí, murmuró señalando a Delorme. La muerte misericordiosa ha pasado por aquí, murmuró indicando el cadáver del comandante de Queyrel, el cadáver de aquel anciano cuyo rostro, serenado ya, sólo conservaba una rígida expresión de inmóvil sosiego.

Volviéndose luego al comisario,

—La escena es fácil de reconstituir, dijo. Ve usted: éste es el matador que después de matar se ha condenado a sí mismo.

En efecto, el comandante, al caer, había conservado en su mano el arma de la cual se había servido para el castigo y después para poner término a sus propios sufrimientos.

—¡Mi revólver!, exclamó el barón.

En esto, el comisario comenzaba ya sus indagaciones.

—¿Quién es ese desgraciado?, preguntó al doctor designando al anciano militar cuya roseta encarnada en medio de aquellas sangrientas salpicaduras parecía otra mancha de sangre.

—Es un desgraciado, en efecto, que después de una vida consagrada al deber y al honor, una vida toda confianza y bondad, se halló enfrente de una desventura demasiado grande y demasiado inmerecida. Ha castigado al autor de esa desventura abominable y luego se ha castigado a sí mismo con su implacable justicia. Es el comandante de Queyrel... Al otro ya lo reconoce usted...

—Es la persona por la cual hemos venido...

—Y a quien otra sentencia sin apelación ha condenado antes que la justicia humana dictase la suya.

—Voy pues a ordenar, porque a ello me obligan los reglamentos, la conducción de estos dos cadáveres.

—Antes de esto, señor comisario, ¿no opina usted que convendría saber lo que este hombre traía encima?

(Se continuará)

LAS FRANQUESAS.—INAUGURACIÓN DE LAS CASAS CONSISTORIALES Y DE LAS ESCUELAS
DONADAS A LA POBLACIÓN POR D. JUAN SANPERA Y TORRAS



D. Juan Sanpera y Torras
(Fot. de A. y E. F. dits Napoleón.)

Una fiesta tan hermosa como solemne celebróse el domingo 1.º del actual en el pueblo de Las Franquesas, municipio que componen los cuatro grupos de población denominados Llerona, Corró de Munt, Corró de Vall y Marata y situados entre Granollers y La Garriga, a 33 kilómetros de Barcelona.

El objeto de la fiesta era inaugurar el edificio destinado a Casas Consistoriales y Escuelas que ha costeado y donado a dicha población el ilustre hijo de la misma D. Juan Sanpera y Torras, quien llevado de su amor al pueblo natal, le ha dotado de una obra tan espléndida como beneficiosa.

El edificio alzáse en el centro de los cuatro grupos antes citados, con fachada a la carretera de Barcelona a Ribas y a corta distancia de la estación del ferrocarril, y consta de tres cuerpos, destinados el central a Casas Consistoriales y los laterales a escuelas de niños y de niñas respectivamente.

En la planta baja de las Casas Consistoriales hay un espacioso vestíbulo que da acceso a las distintas dependencias municipales y dos celdas para detenidos; además hállase allí un jardín con un pozo de extracción de aguas. El primer piso contiene un magnífico salón de sesiones, el despacho del alcalde, la secreta-

gran cúpula sobre la cual se alza el campanario, en cuyo centro está instalado el reloj.

De las dos escuelas, una tiene capacidad para 65 alumnos y otra para 60, correspondiendo a cada uno de éstos 5'60 metros cúbicos de aire, cifra superior a la que exigen las disposiciones oficiales vigentes y más que suficiente atendida la situación de las escuelas, rodeadas de campos y bosques en todas direcciones y distantes cerca de un kilómetro del poblado más cercano. Cada escuela, que consta sólo de una planta, compren-

Para asistir a la inauguración de la obra del señor Sanpera salieron de Barcelona en un tren especial el gobernador civil Sr. Sánchez Anido, que ostentaba la representación de Su Majestad el Rey, el obispo Dr. Laguarda, el presidente de la Audiencia Sr. del Río, el fiscal Sr. Rives, el delegado de Hacienda Sr. Eulate, el delegado regio de enseñanza Sr. Batllés y Bertrán de Lis, el general D. Enrique Carlos Gómez, en representación



Vista de la fachada principal del edificio inaugurado

de un vestíbulo, un despacho para el maestro, un museo escolar, dos aulas, un espacioso corredor, lavabos, retretes, patio y jardín sombreado por numerosos árboles y con su fuente de agua potable. Junto a cada patio hay galerías o pórticos que permiten los juegos escolares en los días de lluvia.

Los planos del proyecto del edificio son debidos al arquitecto barcelonés D. Alberto Juan Torner, bajo cuya dirección se han llevado a cabo las obras.

El mueblaje de las Casas Consistoriales es tan

del capitán general, el diputado a Cortes por el distrito Sr. Plaja, los diputados provinciales señores Verdaguer y Callís, Fages y Pericas y otras distinguidas personalidades.

Los expedicionarios, al llegar a Las Franquesas, fueron recibidos por el Ayuntamiento presidido por el alcalde Sr. Barnils, las autoridades locales y numeroso público, y se dirigieron al edificio que debía inaugurarse, recorriendo todas sus dependencias, que fueron objeto de unánimes y entusiastas elogios.

El obispo Dr. Laguarda pronunció a la bendición del edificio y pronunció una hermosa plática, después de lo cual los concurrentes pasaron al salón de sesiones, en donde el señor Sanpera, hijo, en nombre de su padre, hizo entrega del edificio al Ayuntamiento y recibió de manos del alcalde un artístico pergamino en el que consta el acuerdo de nombrar a D. Juan Sanpera y Torras hijo predilecto de la población.

Terminada esta ceremonia, celebróse un espléndido banquete, a cuyo final el alcalde, el gobernador civil, el



Llegada de los invitados a Las Franquesas.—Llegada de la comitiva al nuevo edificio.—Bendición del edificio por el obispo Dr. Laguarda
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

ría, la sala del Juzgado municipal, el archivo y otras dependencias menos importantes. El piso segundo está destinado a vivienda del secretario municipal y de él arranca una escalera de comunicación con las dependencias superiores. Remata el edificio una

elegante como sencillo, y el de las escuelas responde perfectamente a las exigencias de la higiene y de la pedagogía modernas. Los museos contienen cuantos objetos, instrumentos y aparatos pueden contribuir a la enseñanza del niño.

párroco de Llerona y los Sres. Plaja y Nougés pronunciaron elocuentes brindis dedicando entusiastas elogios al Sr. Sanpera, a los que contestó en sentidos términos el Sr. Sanpera hijo, agradeciendo el homenaje tributado a su padre.—P.

CARLOS BOURSEUL

A la edad de ochenta y dos años ha fallecido este sabio cuyo nombre, no por ser poco conocido del vulgo, es menos eminente y admirado por el mundo científico. Carlos Bourseul fué el verdadero inventor del teléfono, o más bien el primero que fijó el principio de tan trascendental invento, su iniciador genial.

Gráham Bell y Edison no ignoraban lo que debían a Bourseul: hace más de treinta años, en un Congreso internacional de electricidad, uno y otro saludaban en aquel desconocido al hombre de genio a quien el mundo debía uno de los descubrimientos que más profundamente han modificado ciertas condiciones de la vida social y económica: el descubrimiento de la telefonía.

Cuando Gráham Bell y Edison tuvieron la lealtad de rendir homenaje a aquel precursor, hacía ya veinticinco años que los principios de la telefonía habían sido descubiertos por Bourseul y no sólo descubiertos, sino además publicados. En efecto, el número de *L'Illustration*, de París, correspondiente al 21 de agosto de 1854, insertaba un trabajo de Bourseul, que entonces contaba veinticinco años y estaba empleado en la oficina telegráfica de la Bolsa, exponiendo la génesis de su descubrimiento y describiendo el dispositivo por él inventado. A raíz de la publicación de aquel artículo, algunos periódicos hablaron de Bourseul y un rayo de gloria momentánea iluminó su frente; pero a poco, su nombre cayó de nuevo en el olvido.

Aunque nacido accidentalmente en Bruselas, en 1829, era de nacionalidad francesa. Estudió en el liceo de Douai y no habiendo podido entrar en la Escuela Politécnica, sentó plaza. En Argel, adonde fué destinado su regimiento, pudo continuar sus estu-

dios científicos y recibir las lecciones de uno de los profesores de física más eminentes de aquel tiempo, Almeyda.

De regreso en Francia, entró a formar parte de

una brigada telegrafista y entonces, estudiando las leyes de la frase escrita, llegó a descubrir la posibilidad de la transmisión eléctrica de la frase hablada. Cuando hubo terminado el trabajo que, como antes decimos, publicó en *L'Illustration*, lo presentó a sus jefes, quienes, lejos de estimularle, se lo devolvieron diciéndole que se ocupase en cosas más serias.

Desde aquel día Bourseul se limitó a ser el más modesto y celoso de los funcionarios de la administración de correos y telégrafos, de la que por sus méritos y antigüedad fué nombrado director en 1869.

Diez años después, cuando se descubrió el teléfono, el mundo oficial francés se acordó del precursor de este invento, que había ya obtenido el retiro en su carrera; entonces se le otorgó la cruz de la Legión de Honor y se le confió una misión permanente a la que iba aneja una modesta pensión.

Bourseul ha muerto pobre, no dejando a sus seis hijos más que un nombre, que, con ser el del verdadero inventor del teléfono, ha estado a punto de permanecer en el más absoluto olvido.

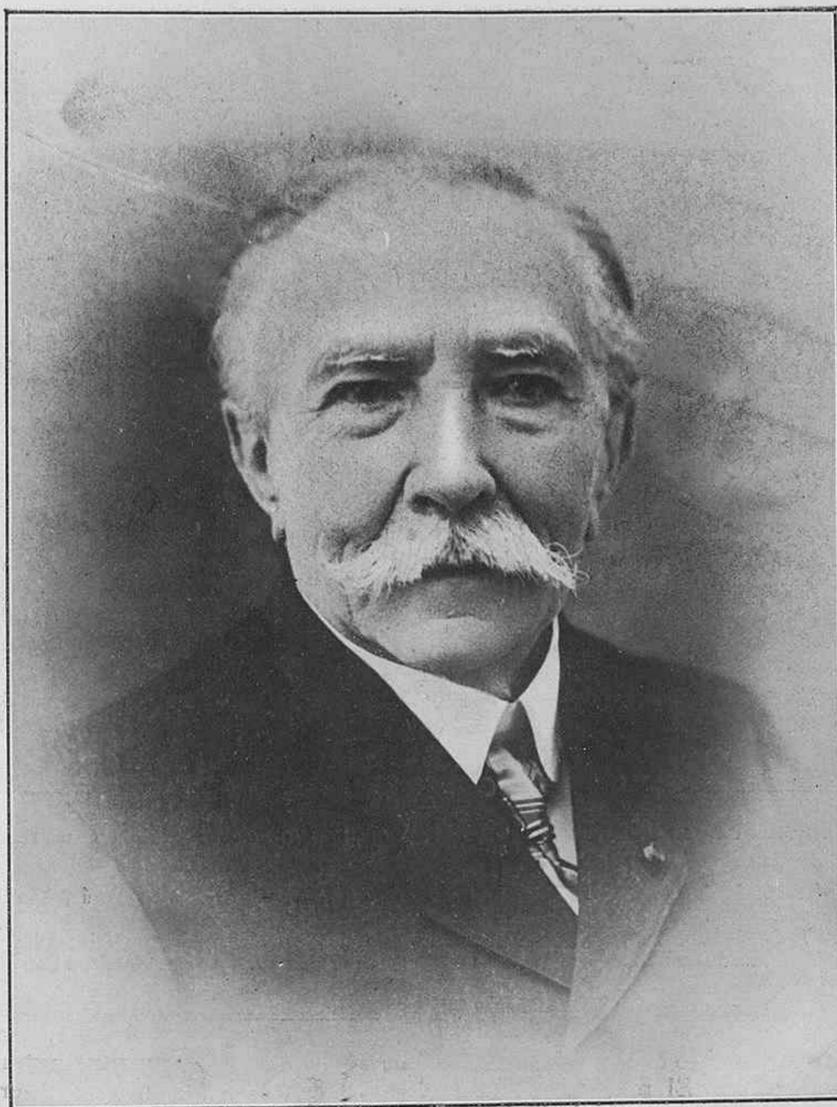
Uno de sus panegiristas ha escrito a raíz de su muerte:

«Hasta sus últimos días, prosiguió los estudios que ocuparon siempre su pensamiento.

»Su genio tenía la juventud eterna de la inmortalidad y muchos escritos póstumos revelarán tal vez un día descubrimientos que cambiarán el mundo.

»Pensaba en todo: en la unificación de la materia, en las relaciones matemáticas de los acordes y de las armonías.

»Su inteligencia activa pasaba de la física a la química y se perdía en esos problemas de altas matemáticas, cuyos confines lindan con los campos de la metafísica.»—S.



Carlos Bourseul, eminente sabio francés, inventor del teléfono, fallecido en Saint Ceré en 23 de noviembre último. (Fot. de Harlingue.)

VINO Y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

Máquina de escribir

UNDERWOOD

10 Grandes Premios * 500.000 Referencias

GUILLERMO TRÚNIGER & C.º * BALMES, 7 * BARCELONA

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSE**, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.

BARCELONA.—EXPOSICIÓN BENÉFICA DE ARTE FEMENINO INSTALADA EN EL CÍRCULO ARTÍSTICO

Organizada por una Junta compuesta por distinguidas damas y señoritas de nuestra alta sociedad, se ha celebrado en los elegantísimos salones del Círculo Artístico una exposición benéfica de arte femenino, cuyos productos se destinan a la terminación de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen de esta capital.

Las instalaciones de esta exposición ofrecían el más hermoso aspecto, así por la variedad y riqueza de los objetos que en ella figuraban, como por el arte y el buen gusto con que estaban dispuestos. Admirábanse en ellas, junto a objetos riquísimos destinados al culto, cortinas primorosamente confeccionadas, almohadones con aplicaciones de sedería y encajes, bordados, cuadros, trípticos, flores, muñecas, abanicos, perfumadores, cubreteclados, sombrillas, bolsas y labores varias, todo ello confeccionado y donado por las organizadoras y por sus amistades a impulso de un mismo sentimiento caritativo.

Los objetos estaban colocados en un estrado situado en el fondo del salón, en las paredes y en varias mesas, materialmente llenas por ser el número de aquéllos verdaderamente extraordinario.

Además de las muchas señoritas que con sus propias labores han contribuido a la exposición, otras personas, como el obispo Dr. Laguarda, el canónigo Dr. Muñoz, los párrocos de Belén, de Santa Ana y otros, encargaron a distintas casas varios objetos adecuados al carácter de aquélla a fin de aumentar la colección puesta a la disposición de la Junta. Todos los objetos expuestos estaban a la venta, pero, además, había una sección especial destinada a tómbola.

Al acto inaugural asistieron nuestro sabio y virtuoso prelado, acompañado del secretario de Cámara Dr. Muñoz, el gobernador civil Sr. Sánchez Anido, el alcalde Sr. Sostres, el presidente de Sala de esta Audiencia territorial Sr. Cereceda y otras distinguidas personalidades, y un público tan numeroso como escogido, en el que predominaban las señoras elegantemente ataviadas.

Las autoridades, a quienes recibían en el vestíbulo las señoritas de la Junta, que ostentaban como distintivo un lazo amarillo, recorrieron las instalaciones, haciendo varias e importantes compras.

El resultado de esta exposición no ha podido ser más satisfactorio, habiéndose vendido o sorteado todos los objetos, que han producido una cantidad muy considerable.

La Junta organizadora la componían: las señoras Josefina Juliá y Vilar, presidenta; Isabel Llorach, vicepresidenta; María Desvall, tesorera; Carmen Ferrer, vicetesorera; Carmen Sert, secretaria; Mercedes de Sentmenat, vicesecretaria; Dolores de Sentmenat, Mercedes Güell, Pilar Ferrer, Mercedes de Sicart, Dolores Albó, Josefa Muntadas, Concepción de Sicart, Paquita Muntadas, Inés Gallart, Mercedes de Rull, Clotilde Ricart, María Luisa Bonet, María Teresa Carles, Pepita Teixida, María Bofarull y Mercedes



Las autoridades en el acto inaugural de la Exposición. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

dor, Reyes Bosch, Josefina Arnús, Ana Simón, Carmen Uriach, Garriga, vocales. Todas ellas han sido muy felicitadas por el éxito brillante de la exposición benéfica que con tanto acierto y tanta solícitud han organizado.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS **JORET HONOLLE**
 CURA
 LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F. G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
 ES EL
 UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

DATA DE 1849
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDES
 2^a St-Denis, 16

INNSBRUCH, TIROL
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
 HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

ZEISS
GEMELOS
 PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA
 PIDASE EL PROSPECTO «T. 224»
 De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
 Berlín — Hamburgo
 Londres — París — San Petersburgo — Viena.

PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · MOSAICOS · BARCELONA
ORSOLA · SOLZA · Y · C